Conozca la Biblia

José Flores.

CONOZCA LA BIBLIA

POR

JOSE FLORES

★

EVANGELICAL LITERATURE OVERSEAS
Wheaton, Illinois

INDICE

Prefacio 5

Capítulo I.—Importancia de la Biblia. ... 9

" II.—¿Cuántas Biblias hay? 43

" III.—Esfuerzo bíblico 75

" IV.—¿Cómo leer la Biblia?... 101

Epílogo 141

Prefacio

La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera cumplirá sus ciento cincuenta años de servicio el día 7 de marzo de 1954, y celebrará su tercer Jubileo en Inglaterra y todo el Commonwealth durante dicho año. Se organizarán actos alusivos a la Biblia, a sus frutos, a las bendiciones que derrama, a su influencia en la vida de los pueblos, a los trabajos de extensión de la Palabra de Dios en todo el globo, y participarán en ellos iglesias cristianas de la nación y visitantes de otros países, que acudirán a la Gran Bretaña con este propósito.

Además, tendrán lugar allí reuniones de las Sociedades Bíblicas Unidas de todo el mundo, siendo estas noticias propagadas debidamente para regocijo de millones de personas. Sin duda, todos contribuirán, de una manera u otra, a la brillantez de los actos que se celebren, y será una excelente ocasión para promover el interés de las gentes por el Libro Santo.

La Biblia es conocida, leída y estudiada en casi toda la tierra, merced al esfuerzo apostólico de

los gloriosos misioneros, pero... ¿qué se sabe en nuestro país, España, de las Sociedades Bíblicas?..., ¿hasta dónde se ha llegado en el conocimiento de la Biblia misma?...

El presente librito tiene por objeto ilustrar al lector español sobre extremos y sobre hechos fundamentales e incontrovertibles de la Palabra de Dios, que deben ser conocidos por todos. Y estamos seguros de que, acabada la lectura de estas páginas, el lector habrá aprendido mucho y tal vez quede sorprendido en más de un lugar.

Consideramos necesario explicar que, con frecuencia, recurrimos, como debe ser, a la Biblia misma, y el mecanismo de sus citas requiere una aclaración. La Biblia está compuesta de muchos libros, que han sido luego divididos en capítulos y éstos en versículos; por tanto, si quisiéremos referirnos al fragmento que dice: "Este pueblo de labios me honra, mas su corazón lejos está de mí", tendríamos que citar así: Evangelio de San Mateo, capítulo 15, versículo 8, pero, abreviando, lo representamos por Mat., 15.8. *De igual modo, si deseáramos señalar el pasaje: "Buscad a Jehová y su fortaleza; buscad su rostro continuamente", que aparece en el primer libro de las*

Crónicas, capítulo 16 y versículo 11, escribiríamos: 1.ª Cron., 16, 11.

Si el libro que ofrecemos se lee sin apriorismo alguno, y si el lector desea noblemente informarse de un asunto importantísimo, aseguramos firmemente que llegará a conseguirlo, y con ello cimentará su cultura bíblica, cultura que, sin duda, necesita también nuestro pueblo. Hay ya una nueva generación en nuestra patria que nada sabe de ciertos hechos honrosos y gloriosos del pasado, y que ignora en absoluto el bien que se derramó sobre el territorio español por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Creemos, pues, de justicia facilitar a dicha generación un elemento indispensable de su cultura ciudadana, y con ello honramos a la patria en este siglo de avance y progreso en que los más incultos e iletrados quedan atrás.

Como dijera Goethe: "Cuanto más suben los siglos en la escala de la cultura, más usarán la Biblia los hombres verdaderamente sabios, en parte como base, en parte como instrumento de educación..., cada nueva generación renovará su juventud en la Biblia, y la piedra de toque donde se revele la vida y la fuerza de una nación será siempre su actitud hacia la Biblia."

Dios bendiga a España y a todos cuantos de corazón, y sin fingimientos, desean como nosotros su prosperidad en el concierto de las naciones civilizadas.

C'an Pastilla,
Verano de 1953.

CAPÍTULO I

IMPORTANCIA DE LA BIBLIA

> *Estas (palabras), empero, son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.* (Juan, 20, 31.)

He leído con interés la historia de un Lama, bajado de Kulú, más allá de los Kailas (montes al norte del Himalaya), que viajaba para conocer los cuatro santos lugares antes de morir, y, harto conocedor de las infinitas religiones y falsas leyendas que infectan toda la India, y de las inacabables castas se paró por un momento a pensar dónde podría encontrar la verdad, en vista de aquella mezcla de ideas y de fanatismos. "Muchos llevan el traje —decía el lama—, pero pocos siguen la senda. La antigua ley está muy encubierta por una capa de idolatrías, supersticiones y encantamientos, y los libros que yo leía en mi Lamasería eran secos y sin vigor; hasta el moderno ritual con que nos hemos oprimido carece de valor ante mis ojos. Y los secuaces del Excelente (se

refiere a Buda) están siempre discutiendo unos con otros."

Según la tradición, Buda tomó parte en un torneo celebrado para buscar compañera, y él salió vencedor entre los quinientos caballeros príncipes, venidos al objeto, lanzando su flecha por encima de todas las marcas y perdiéndose de vista hasta clavarse en un sitio lejano. Del lugar en que la flecha cayó, brotó un manantial que se transformó en río, el cual goza, según la tradición, de la propiedad de limpiar de toda mancha de pecado a aquel que se baña en él, encontrando la verdad. Por esta razón, el lama se dedicó a correr todo el país, pasando privaciones y angustias, mas decidido siempre a encontrar la verdad por sí mismo...

Han transcurrido muchos siglos, pero todavía el hombre, en nuestros días, tras guerras catastróficas, bajo regímenes de todas clases, ora sujeto a inspección o censura, ora gozando de libertad y de confianza, se encuentra en uno de esos dos grupos: los que aceptan una verdad que se les impone o se les ofrece, sin pensar, y los que buscan la verdad por sí mismos. Para estos últimos, Cristo tiene el mismo consejo que para los judíos: "Si permaneciereis en mis palabras

(Su libro hoy), conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

Nosotros creemos honradamente que no hay otra fuente de verdad que Dios mismo, y que la revelación de Su verdad nos la dejado escrita en Su libro, conocido por Biblia o Sagradas Escrituras. En este sentido nos identificamos con lo que el filósofo español Balmes dice en su *El Criterio:* "El respeto debido a los grandes hombres no ha de rayar en culto, ni la consideración a su dictamen degenerar en ciega sumisión. Por ser grandes hombres no dejan de ser hombres y de manifestarlo así en los errores, olvidos y defectos de sus obras. "Summi enin sunt homines tamen", decía Quintiliano, y San Agustín confiesa que la infalibilidad la atribuye a los libros sagrados, pero en cuanto a las obras de los hombres, por más alto que rayen en virtud y sabiduría, no por esto se cree obligado a tener por verdadero todo cuanto ellos han dicho o escrito."

Teniendo presente lo apuntado por Balmes, y habiendo sentido oprimirse nuestro corazón en incontables ocasiones, al recorrer nuestro querido país, por la falta de conocimiento de la Verdad de Dios encontrada en tantas partes, deseamos cooperar en esta obra divina con todos

aquellos que sinceramente creen que el pueblo español necesita la Palabra de Dios, que es la Biblia. Hacemos, pues, nuestras las palabras del señor obispo de Madrid-Alcalá, quien deseaba que "la Sagrada Biblia sea consolador bálsamo de todos los dolores del espíritu a fin de alcanzar la meta propuesta: que el pueblo español vuelva a vivir con plenitud de vida..." (Pastoral citada en *A B C* de 20 de septiembre de 1946.)

Este sentir cristiano y patriota es común patrimonio de todos los que aman la Biblia en todos los tiempos. Ya el primer traductor del Nuevo Testamento, del griego al castellano, Francisco de Encinas, lo dedica en Amberes en 1543 al Emperador Carlos V con estas palabras: "Decidí entregarlo al impresor, a fin de que la nación española, que se gloría entre las demás con el nombre de cristiana, no fuera la única privada de este tesoro celestial, que es el poseer la Escritura en su idioma."

Cipriano de Valera, que revisó en 1602 la primera Biblia en castellano, publicada por Casiodoro de Reina, dice en su obra "Dos Tratados-Epístola al cristiano lector" lo que sigue: "La voluntad de mi corazón y mi oración a Dios es por mi nación, para que Su Majestad Divina los

libre de la potestad de las tinieblas y los traspase en el Reino de su amado hijo... Querría, si pudiese en alguna manera, provocar a mi nación. Querría que tuviesen una santa envidia a las otras naciones. ¿Por qué ellas, y no los españoles, han de leer y oír en su propia lengua la Palabra de Dios, como está escrita en la Biblia? ¿Por qué ellas, y no los españoles, han de recibir los santos sacramentos con la simplicidad que Jesucristo los instituyó?"

Esta santa envidia es la que todavía venimos sintiendo, y deseamos vivamente fomentar la nueva era en que el pueblo español sea conocedor también de la Biblia y no limite su cultura a "haber oído hablar de ella".

La Biblia no es un libro vulgar. El gran bibliófilo Dr. A. Rosenbach, de Filadelfia, pagó por la que imprimó Gutenberg 106.000 dólares, que al cambio actual resultan cerca de cuatro millones y medio de pesetas. ¡Nadie ha pagado semejante cantidad por un libro cualquiera! Y, sin embargo, esa enorme suma de dinero está muy lejos de representar el valor real de la Biblia porque, a decir verdad, no tiene precio. Por su contenido, por la extensión de su difusión, por la influencia que ejerce, la Biblia es absolutamente única y se

le puede llamar, por excelencia: "el Libro". El renombrado autor Sir Walter Scott, estando cerca de su muerte, pidió a su yerno que le leyera algo del libro. El joven preguntó: "¿De qué libro?", y Scott contestó: "No hay más que un libro, la Biblia."

Aceptando la frase de Voltaire: "Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros"; surge la pregunta de "¿Cuál será el mejor libro?" Los bibliófilos, los eruditos, los investigadores, señalan cien, doscientos, digamos hasta mil libros que constituyen las obras maestras del ingenio y de la sapiencia, pero por encima de ese montón de luminosidad que alumbra todos los caminos del saber destaca erguido, como un picacho inaccesible que horada las nubes, para llegar al cielo el libro por antonomasia: La Biblia. Ningún otro le iguala, ninguno, como dice un sabio, "arrojó más cantidad de semilla en el cauce abierto por el curso de los siglos, ninguno es como él, faro y guía..."

Y uno de los tributos más encumbrados que en los tiempos modernos se han rendido a la importancia de la Biblia, como influencia educativa y moral, de valor inapreciable para la comunidad, ha venido de labios del eminente hombre de

ciencia Huxley, hombre no cristiano, que dijo: "Considerar el hecho grande que por espacio de tres siglos este libro ha sido entretejido con lo más noble y mejor de nuestra historia, y que ha venido a ser la épica nacional de nuestra raza... abunda en pasajes de exquisita hermosura, aun en su mera forma literaria, y, finalmente, impide con eficacia que el gañán indocto, que jamás ha salido del recinto de su aldea nativa, quede en la ignorancia de la existencia de otros países y otras civilizaciones y de un pasado grandioso que se extiende hasta los límites más lejanos de las naciones más antiguas del mundo... La Biblia ha sido la Carta Magna de las libertades de los pobres y de los oprimidos. Hasta los tiempos modernos ningún estado ha tenido una constitución civil en que los intereses del pueblo ocupen un lugar tan preeminente... En ninguna parte se asienta con tanto énfasis el hecho de que el bienestar del Estado depende, al fin y al cabo, de la vida justa del ciudadano. La Biblia es el libro más democrático del mundo."

Saltó, pues, el Libro Sagrado del plano nacional del pueblo de Israel al plano mundial y hoy podemos decir que es el libro del mundo porque se convierte en derecho y propiedad de todos los

pueblos y de cada uno en particular. La Biblia se dirige al individuo, habla a la familia, diciendo al padre, la madre y a los hijos, lo que debe ser el hogar, e igualmente a la sociedad, tratando de los deberes de las clases sociales, elevando las relaciones humanas, sembrando el amor y el respeto y excluyendo y condenando el odio y la injusticia.

No es la Biblia, por lo tanto, propiedad exclusiva de ningún pueblo ni de ninguna confesión, y nadie debe decir que la Biblia es de su sola pertenencia, ni debe prohibir su lectura, ni debilitar su autoridad, mas dejarla libre para que produzca sus frutos porque Libro de Dios es. A donde quiera que la Biblia ha ido ha levantado la raza, intelectual, ética y espiritualmente, y ha venido a constituir la fuerza educativa más grande del mundo; millares de personas, niños y adultos, han aprendido a leer en sus páginas, hombres sin principio han desarrollado su mente con amplitud y han moldeado su carácter con mayor dignidad y solidez al estudiar las enseñanzas que encierra. Una historia puede ilustrar lo antedicho. El tío y el sobrino viajaban con una gran suma de dinero por una desierta pradera americana, y al hacerse la noche tuvieron que

buscar refugio. Descubren la cabaña de unos madereros y llaman a la puerta, saliéndoles a abrir un hombre de edad, con barba de varios días y de aspecto rústico. Cuando se les permitió quedar y se les ofreció una habitación, acordaron que el tío se echaría a dormir mientras el sobrino velaba con el revólver dispuesto para defender su tesoro. Pero al cabo de cierto tiempo el tío quedó sorprendido al ver al sobrino que también se echaba a dormir tranquilamente, y le recordó lo prometido.

"No hay necesidad de velar con el revólver cargado—contestó el joven—; estamos perfectamente seguros, pues he mirado por el agujero de la cerradura y he visto al viejo con una Biblia en la mano, leyendo un capítulo a su mujer. Cuando hubo terminado, oró a Dios para que nosotros tuviésemos buen descanso en nuestro viaje."

Cualquiera estará de acuerdo en que aquellos viajeros no habrían sentido la misma tranquilidad de haber visto al anciano con revólver, naipes y licor, hablando en voz baja con su mujer.

Otra ilustración puede sernos útil, al objeto. A. J. Pollock confesó su admiración en su juventud al entrar por las calles de Suva, en las islas Fiji,

y comprobar la buena disposición, amistad y prosperidad de aquellos isleños, los cuales, hasta que los misioneros entraron allá con la Biblia, habían sido caníbales crueles. Sin duda, estos cambios se entenderán mejor citando las palabras que un convertido chino escribió al misionero que le había puesto en contacto con el Libro de Dios: "Estoy leyendo la Biblia con diligencia y poniéndola por obra."

No hay, podemos decir confiadamente, libro alguno que haya hecho el bien que ha hecho la Biblia, ni que haya producido las obras filantrópicas y misioneras que ella ha ocasionado. Y no vacilamos en repetir que este libro santo es el Libro del Mundo, traducido a unos mil cien idiomas, cosa insólita en la historia de los siglos. Un francés, a quien un vendedor de Biblias le ofreció el libro, contestó: "Vale la pena que lo lea, después de haber sido traducido a tantos idiomas."

Desde nuestros estudios elementales sabemos que cada país tiene sus obras inmortales de literatura, y brillan en las letras internacionales los nombres de Shakespeare, Dickens, Goethe, Camoes, Dante, Víctor Hugo, y tantos y tantos otros. En España descuella Cervantes como

"príncipe de los ingenios españoles", y muchos de nosotros hemos aprendido a leer en el Quijote; pero esta obra maestra suya refleja tan perfectamente el espíritu del pueblo, palpita en ella de tal manera la vida española, que alguien la ha llamado "la Biblia española". No hay duda de que Cervantes bebió en la Biblia porque era asiduo lector de ella; dice, por ejemplo, refiriéndose a su grandeza: "Lea la Sacra Escritura... allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes..." (parte I, cap: 49); refiriéndose a su objeto, escribe: "las letras (y no hablo de las divinas que tienen por blanco llevar y encaminar a un fin tan sin fin como éste, ninguno otro se le puede igualar) (parte I, capítulo 37), en cuanto a su veracidad añade: "la Santa Escritura que no puede fallar un átomo de verdad" (parte II, cap. 27); habla del gran mandamiento de la Biblia en Parte II, cap. 27, de Jesucristo en cap. 37 de la Parte I, y del Apóstol San Pablo en la Parte II, cap. 43.

Pero de un vaso de agua a la fuente inagotable hay una gran diferencia. ¿Cuándo se ha formado una sociedad para distribuir únicamente uno de estos libros, aunque obras maestras, por todo el mundo? En cambio, la Biblia, que por su

cualidad engendra una devoción hacia ella, ha hecho que centenares de hombres dediquen sus vidas enteras a ella. Dos de las varias Sociedades Bíblicas del mundo son las editoriales más grandes del Globo, y una de ellas ha circulado más de 550 millones de Biblias. Una vez dijo pintorescamente un político viajero: "Cuando bajaba una calle de cierta ciudad africana, encontré a un hombre que llevaba en la mano toda la literatura nacional. Era el evangelio de San Marcos traducido a su lengua materna."

Fijémonos en que la Biblia es un libro escrito por hombres de una raza cuyo país no era más grande que Andalucía y, no obstante, este libro, que lleva la inspiración divina, se ha convertido en el libro universal, justamente porque nunca es extraño en ningún país, y porque sus viejas historias son siempre nuevas y fáciles de entender, tanto por el esquimal como por el indio, por el negro o por el blanco, por el inglés o por el español, etc. Es la Biblia, en fin, cada vez más fundamental para la vida espiritual de la raza humana y el hombre no debe ignorarla. En la Biblioteca donde falte la Biblia hay pobreza y aquella en que se encuentre, aunque no tenga muchos libros, estará enriquecida porque tiene

lo esencial: las palabras de Dios. ¡Hermoso Libro, el más antiguo y el más moderno! Leedlo con frecuencia, meditad en él y recibireis bendición.

Acabamos de decir que la Biblia es el libro más antiguo, y esto es porque sus primeras partes fueron escritas, según algunos historiadores, tres mil quinientos años atrás, o sea unos mil años antes de ninguna historia conocida. Los libros profanos más remotos que han llegado a nuestras manos fueron escritos, según algunos, en los días de Esdras y Nehemias, contemporáneos del rey Artajerjes. Ciertos poemas épicos de la antigüedad clásica, como las obras de Homero, la Eneida de Virgilio, etc., fueron escritos seiscientos y más años después de los escritos de Moisés. Cuando Esdras era joven, en Babilonia se lucharon las batallas de Maratón, Termópilas, y Salamis, Píndaro estaba escribiendo sus odas y Esquilo sus Tragedias, en tanto que Confucio inauguraba una edad en China. Consideramos, pues, a la Biblia como el libro más antiguo de la literatura universal y, por consiguiente, de más valor que ningún otro.

Explícase, por lo mismo, la influencia que ejerce sobre los demás libros. En los "Diálogos", de Sócrates, en la "República", de Platón, en

los "Analects", de Confucio, en los "Vedas", de los Brahmanes, en el "Zend Avesta", de los persas, etc., hay señales de una poderosa y noble moralidad, pero definidamente distinta de la cristiana. La muerte de aquel grande, noble y sabio Sócrates es muy conmovedora en las escenas de la historia antigua, pero ¡cuán distinta de la muerte de Cristo, por su significado, profundidad y alcance! Los postulados de Mahoma son notables en muchos aspectos, pero fácilmente se echa de ver que copió de la Sagrada Escritura lo que le pareció conveniente para su propósito.

El ilustre J. R. Green, hablando de la Biblia inglesa, dice: "... constituyó, debemos repetir, toda la literatura que era prácticamente accesible al ciudadano inglés; y cuando recordamos el número de frases comunes que debemos a los grandes autores, como Shakespeare, Milton, Dickens o Thackeray, que inconscientemente intercalaban en nuestro hablar cotidiano, entenderemos mejor el extraño mosaico de palabras bíblicas y de frases bíblicas que dieron color a la lengua inglesa hace doscientos años. Toda la masa de alusiones pintorescas e ilustraciones que copiamos de miles de libros, se vieron obligados

nuestros padres a copiar de un solo libro, la Biblia... Cuando Spencer vertió sus cálidas notas amorosas en el "Epitalamion" adoptó las mismas palabras de los salmistas de la Biblia, al abrir las puertas para que pudiera entrar la esposa. Cuando Cromwell vió la niebla deshacerse por encima de las colinas de Dunbar, saludó al sol con las palabras de David: "Levántase Dios y sean esparcidos sus enemigos. Como el humo desaparece, así los barrerás tú." Esta familiaridad con la imaginería poética, profética y apocalíptica, dió un elevado sentimiento y una expresión ardorosa que preferimos, a pesar de que pudiera llamarse exagerada, a los bajos vulgarismos de nuestros días."

Hablando de esta misma influencia literaria, el conocido autor Graham Scroggie dice: "Sería fácil encontrar citas en innumerables genios de la literatura, como San Agustín, Dante, Milton, Shakespeare, Goethe, Bacon, Pascal, Scott, Carlyle, Browning, Arnold, Tennyson y Gladstone, pero no hay necesidad. La Biblia es su propio gran testigo y se autoriza por sí misma. ¿Hay alguna obra en la literatura no cristiana que pueda compararse con la "Ciudad de Dios", la "Divina Comedia", la "Suma Teológica", la

"Imitación de Cristo", el "Paraíso Perdido", el "Progreso del Peregrino"? Estas obras no tienen comparación y todas ellas deben su supremacia a la Biblia. Y en cuanto al arte, no tenemos necesidad de afirmar que su influencia estética ha sido tan grande como su influencia literaria, pues las obras de escultura, pintura y música de Giotto, Rembrandt, Tintoretto, Botticelli, Fra Angélico, Miguel Angel, Handel, Mendelssohn, Sullivan, Bach, etc., hablan por sí solas..."

Figuras españolas también han hecho destacar esta influencia que la Biblia ha ejercido y ejerce en la literatura secular. Don Juan Donoso Cortés pronunció en la Real Academia Española un discurso famoso sobre la Biblia en el que dijo cosas muy notables: "Hay un libro, tesoro de un pueblo que hoy es fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido a beber su inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y del cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia. En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella

fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer enojo; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso... ¿Quién enseñó al maestro Fray Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja a aquellas lúgubres lamentaciones llenas de pompa y majestad...? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano?... Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus espléndidos atavíos... Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura... libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca

desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternalmente en las alturas."

Intelectuales de todas las tendencias han concurrido en la alabanza de la Biblia; quizá no haya habido dos pensadores de temperamento más diferente que Balmes y Giner de los Ríos, pero ambos coinciden aquí de manera notable: Balmes, en el "Criterio", la describe como "un libro que es, sin disputa, el más antiguo que se conoce; que, además, encierra la moral más pura, un sistema de legislación admirable y contiene una narrración de prodigios. Hasta ahora nadie ha negado el mérito eminente de este libro". En sus "Estudios filosóficos y religiosos", dice Giner de los Ríos que la Biblia es "sagrada colección conservada bajo el nombre de Libro de los libros y en la cual se contiene el sistema doctrinal, moral y religioso, relativamente más profundo, popular e inteligible, que en la historia de la Humanidad ha aparecido".

Y así podemos comprobar que desde Orígenes, que dijera: "¿Queréis saber cuál es la comida de nuestra alma? Es la lectura de los santos libros,

la oración y la instrucción", y Fenelón, que escribió: "La Escritura sobrepuja en naturalidad, belleza y grandeza a todas las Escrituras de Roma y Grecia", pasando por Erasmo: "Estos escritos traen ante ti, lector, la vívida representación del verdadero Cristo mismo, en sus palabras, en sus curaciones, en su muerte y en su resurrección...", y por Fray Luis de León: "Notoria cosa es que las Escrituras que llamamos Sagradas las inspiró Dios a los profetas que las escribieron para que nos fuesen, en los trabajos de esta vida, consuelo y en las tinieblas y errores de ella, clara y fiel luz..." hasta los escritores más modernos, todas las plumas importantes han dado fiel testimonio del Libro de Dios.

Incluso Voltaire dijo: "El Antiguo Testamento da a conocer cien veces mejor que Homero las costumbres de la antigua Asia, y de todos los monumentos antiguos es el más precioso." El Conde León Tolstoi afirma: "El desarrollo moral del hombre y del niño es imposible sin la Biblia. Tal es la convicción de mi larga experiencia." Víctor Hugo escribe: "Existe un libro que desde el principio hasta el fin parece una emanación humana abrillantada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneración de los pueblos

llama "El Libro", ¡La Biblia!... Sembrad las aldeas de evangelios. Una Biblia por casa..." Juan Jacobo Rousseau escribe: "¡Cuán despreciables son, con toda su pompa, los libros de los filósofos comparados con los evangelios!"; y el filósofo-historiador Taine: "El evangelio es todavía hoy el mejor auxiliar del instinto social..."

Oigamos también a dos mujeres insignes: Gabriela Mistral, al dedicar un hermoso ejemplar de la Biblia para la Biblioteca del Liceo de Niñas número 6 de Santiago, escribió en ella: "Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero. Tú me has enseñado la fuerte belleza y el sencillo candor, la verdad sencilla y terrible en breves cantos. Mis mejores compañeros no han sido gente de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Job, Raquel y María..." En una encuesta de "Estampa", sobre libro favorito, la insigne novelista Concha Espina dijo: "La obra escrita que más me ha impresionado siempre es la Biblia, monumento insigne de todas las tradiciones espirituales, manantial de la más excelsa inspiración humana."

Pero de la importancia de la Biblia, no sólo intelectuales, sino también grandes generales y

estadistas hablan. Napoleón Bonaparte, en Santa Helena: "... no es un simple libro, sino una criatura viva, con un vigor y un poder que conquista a quien se le oponga. Miradla sobre mi mesa, aquí está la Biblia, el Libro de los libros. No me harto de leerla, todos los días con igual placer. El alma encantada con la belleza del evangelio no es ya señora de sí, puesto que Dios se apodera enteramente de ella, dirige sus pensamientos y facultades: es suya." Garibaldi: "Recomiendo a todos los italianos que lean la Biblia, pues el libro que libertará a Italia." "Pedí una Biblia a mis guardianes... En la Biblia encuentro más fuerza y consuelo que en ninguna otra parte", dijo el Generalísimo Chiang-Kai-shek, cuando estaba preso, en la mayor crisis de su vida, raptado por los rebeldes en 1936.

Gladstone se expresó así: "Mi única esperanza para el mundo es que entre la mente humana en contacto con la divina revelación"; el General Gordón: "Nada puede compararse con las cosas maravillosas que Dios nos muestra en las Escrituras Sagradas." Juan Jaures: "La Biblia reanima las mentes y los corazones de los hombres, profetiza en grandes y trágicos símiles la igualdad humana y anticipa la desaparición de la

guerra, la pacificación de las naciones oprimidas y de la naturaleza misma, la reconciliación del lobo y el cordero." Arturo Balfour: "... la Biblia ha sido para nosotros un memorial vivo de la revelación de Dios a la humanidad..." El Ex-Presidente Wilson: "No hay nación por grande que sea que pueda sobrevivir a sus propias tentaciones y locuras, si no se cuida de doctrinar a sus hijos por la Palabra de Dios. La justicia de las naciones, como la justicia de los individuos, ha de tener su origen en esa fuente de inspiración. Tengo pena de los hombres que no leen la Biblia todos los días..."

Es indudable que el hombre que ama la Biblia y la lee está más cerca de su Creador y conoce mejor la Verdad; y lo mismo los pueblos. Deseamos, como españoles patriotas, que la Biblia penetre en nuestro pueblo cuanto pueda para su propio bien, pues en los países donde hay mayor número de personas que leen y estudian la Biblia hay mayor prosperidad y seguridad personal por cuanto las vidas y costumbres de estas personas tienden a elevar la conciencia nacional. El gran orador don Emilio Castelar, en un discurso pronunciado en las Cámaras Españolas, tuvo que decir: "No comprendo que se hayan opuesto

miles de obstáculos a la propagación de la Biblia. Se han recogido Biblias y puedo traer prueba de ello. Es necesario restablecer el sentido religioso de este pueblo... es necesario evitar que un gobernador arbitrario impida que se lea la Biblia en que se han inspirado Cromwell, Cisneros y Lafayette; la Biblia es la revelación más pura que de Dios existe, en la sociedad, en la naturaleza y en la historia."

Esta actitud es paralela a la de hombres insignes del gran país americano, como muestra el siguiente mensaje recibido en la Sociedad Bíblica y firmado por Roosevelt, Grover, Cleveland, Hay y Bryan, hombres de estado: "Ningún hombre juicioso puede dudar de que de disminuir la circulación y uso de la Biblia entre los pueblos, sería amenazar los intereses más sagrados de la civilización humana."

La educación del niño, del hombre, carente del estudio de la Biblia, es pobre, rutinaria, sin valores espirituales; con razón escribía Sarmiento en "Las Escuelas": "La lectura de la Biblia echó los cimientos de la educación popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen; y últimamente con la Biblia en la mano, y a causa de la Biblia, del libro primitivo, del libro

padre de todos los libros, los emigrantes ingleses pasaron a América a fundar en el norte de nuestro continente los estados más poderosos del mundo." Mitre, por su parte, en su historia de San Martín, afirma: "La América del Norte fué colonizada por una nación que tenía nociones prácticas de libertad y por una raza viril, mejor preparada para el gobierno de lo propio, impregnada de un fuerte espíritu moral... para fundar una nueva patria, según la ley de su evangelio. Los peregrinos llevaban en su ser moral la semilla del respeto al hombre, fecundada por la lectura de la Biblia, que trasplantada en un suelo virgen y en un mundo libre, debía aclimatarse en su atmósfera propicia."

Es sólo natural que los norteamericanos actuales se hagan eco de la misma verdad, y a este efecto traducimos lo que sigue: "Los historiadores, buscando las mayores influencias que han moldeado el curso de nuestra historia americana, han encontrado que la Biblia ha jugado un papel significativo. En las páginas de este documento, el más grande de todos, se halla la Declaración de Independencia, la Ley Americana y las Cuatro Libertades. La Biblia fué el primer libro de texto de las colonias americanas y el factor más importante del sistema educativo de aquellos años, pues, tanto en las escuelas privadas como en las públicas, la Biblia constituyó el principal libro de estudio. En el libro primario de Nueva Inglaterra se emplearon los personajes de la Biblia para enseñar a los niños los derechos fundamentales de los ciudadanos... Thomas Jefferson, a quien se pidió que hiciera el borrador de la Declaración de Independencia, había sido instruído en la Biblia, llegando a dominar el griego, el latín, el francés y el inglés... ¿Dónde, si no en la Biblia, había aprendido él que los hombres eran iguales delante de Dios y estaban dotados por su Creador de derechos inalienables? Uno de los primeros actos del Congreso fué aprobar la impresión de la Biblia para recomendarla a todo el pueblo de una manera oficial, y el deseo de mantener la influencia de la Biblia en la vida americana llevó a la formación de la Sociedad Bíblica, que no tiene otro objeto sino llevar la Palabra de Dios a todos los hogares a precios reducidos, o gratuitamente. Hoy en día, esta función se lleva a cabo en una escala superior y se imprimen millones de Biblias, Testamentos y Porciones en muchos idiomas y dialectos... La influencia de la Biblia en la vida americana no ha

desaparecido desde el año 1800 y es el libro que más se vende... En la reunión dramática, cuando se dió al mundo la Carta del Atlántico, la Biblia fué leída previamente en servicio público."

La Biblia es igualmente un libro básico en Inglaterra y alguien la ha llamado "el libro detrás del trono". En un informe bíblico hecho en Nueva Zelanda se dice: "Cualquier intento de descubrir la influencia y poder del trono británico sería inadecuado si no se diese su debido lugar a la Biblia, libro que, en medio de las diferentes escenas de cambio de gobernantes, ha dirigido los destinos de las naciones..." Cuando el rey Alfredo destruyó el poder de los vikingos, que habían quemado muchos ejemplares de las Sagradas Escrituras, supo que el verdadero cimiento de la nación estaba en la Palabra de Dios, y así trabajó y animó a otros para que la Biblia fuese traducida al lenguaje vulgar del pueblo. Al transcurir el tiempo, pudieron circularse más y más biblias y los reyes y las reinas se dieron cuenta del poder de la Palabra, pero nunca se llegó a reconocer el poder del Libro de una manera más sincera y más humilde que en el tiempo del difunto Rey Jorge VI y su devota Reina. Ellos se dirigieron al pueblo siempre con el

mensaje de la Biblia y fueron los que patrocinaron la Sociedad Bíblica. La reina Isabel transmitió un mensaje que tiene actualidad: "... si por la oración y la lectura de la Biblia aprendemos a vivir cada día en la fortaleza de Dios, podemos aún seguir adelante en confianza y esperanza... Nosotros en nuestra nación e Imperio estamos llamados a dar un ejemplo moral al mundo y sólo podremos llevarlo a cabo si somos fieles a nuestra gran tradición cristiana."

En la coronación de Isabel II en junio del presente año, el Arzobispo de Canterbury se dirigió a la reina con estas palabras: "Nuestra graciosa Majestad: para que Su Majestad se acuerde siempre de la Ley y del Evangelio de Dios como regla para toda la vida y el gobierno de los principios cristianos, hacemos presentación de este *Libro* que es el objeto de mayor valor que se halla en el mundo..."

Los historiadores ingleses, entre ellos el gran J. R. Green, afirman que de todas las grandes civilizaciones nunca hubo una civilización más cristiana que la de Inglaterra a mediados del siglo pasado, y sería, añade, "completamente imposible explicar el modo de vivir británico sin

entender que durante cuatro siglos los británicos han sido el pueblo de un libro, la Biblia".

En efecto, la reina Voctoria dijo: "La Biblia es el secreto de Inglaterra", y escribiendo al rey africano Sagbúa, para agradecerle un regalo, afirma: "La Reina y el pueblo de Inglaterra se alegran mucho de saber que Sagbúa y sus jefes piensan de este modo en el asunto del comercio, pero el comercio por sí no puede hacer que una nación sea grande y feliz como es la nación inglesa; Inglaterra ha llegado a ser grande y feliz por el conocimiento del Dios verdadero y de Cristo Jesús." Por su parte, el Rey Jorge V contesta por escrito a una pregunta en estos términos: "Es verdad que prometí a la Reina Alejandra, mi madre, en el año 1881, que leería un capítulo de la Biblia todos los días; y desde aquella fecha he cumplido mi promesa". Su hijo, el Rey Jorge VI, declaró: "Durante siglos, la Biblia ha sido una influencia sana y fortalecedora en nuestra vida nacional, y nos toca a nosotros en estos difíciles días volver con renovada fe a esta divina fuente de consuelo e inspiración."

Por razones obvias, citamos más profusamente a Inglaterra y a Estados Unidos, como a sus

hombres, en la ponderación de la Biblia, pero ya hemos visto que figuras de otras naciones y de nuestra amada España, se pronuncian por la difusión de la Biblia y por su valoración y estima.

El Rey Gustavo V de Suecia proclamó en 1908: "El Evangelio de Jesucristo nada ha perdido de su gloria ni de su poder." La Reina Isabel de Rumania escribe: "La Biblia es el más admirable de todos los libros. Es la Verdad y es poesía cual jamás existirá semejante. Nosotros vivimos de la Biblia." Y el Consejo Cantonal de Vaud, en Suiza, proclamó en 1903: "... la libre predicación del Evangelio, simiente de libertad, disciplina y moral, contribuyó más que nada a la prosperidad que tantos pueblos nos envidian."

Deseemos, pues, como buenos cristianos, que en nuestro país sea conocida y estudiada la Biblia y que haya un ejemplar en cada hogar; pero hagamos también lo que podamos para que así sea, seguros de que el Libro de Dios beneficiará sumamente a nuestro pueblo, elevándole a aquellas alturas que tanto deseamos.

Sí, la Biblia es el Libro de Dios. Dos mil seiscientas veces afirma el Libro que Dios habló, el Espíritu Santo. En el libro de Amós, por ejem-

plo, que sólo contiene ciento cuarenta y seis versículos, habla Jehová, en primera persona, setenta y una veces, y en el libro del Levítico habla ciento dieciséis veces del mismo modo. Respecto a la inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento debe resaltarse el testimonio que el mismo Cristo rinde, quien acusa a los fariseos por "invalidar la palabra de Dios con su tradición", llamando de esta manera Palabra de Dios a la ley de Moisés.

Y por ser Palabra de Dios habla con autoridad y todos sus propósitos se cumplen; contrariamente, las palabras de los hombres, que oímos y que leemos, no pueden ser muy rotundas, usan el subjuntivo más que el indicativo y llenan sus escritos y libros de palabras, cláusulas y frases condicionales. Por ejemplo, se dice que Darwin, en su "Descendencia del hombre", empleó más de ochocientas veces las palabras "podemos suponer", mas la Biblia no ofrece duda ni vacilación; sus frases son claras: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente"; "Venid a mí todos los que estais trabajados y cargados que yo os haré descansar"; "El que cree en el Hijo tiene vida eterna, mas el que es incrédulo no verá la vida."

La Sagrada Biblia enciera algo maravilloso y único que le distingue en absoluto de todo lo escrito por los hombres: su sentido profético que ya, por sí solo, da una importancia infinita al Libro. Del amplio campo de la profecía bíblica, podemos tomar dos detalles. Cuando los hijos de Israel parecían firmemente establecidos como nación en su propia tierra, Dios, por medio de los profetas, les dijo que habrían de ser esparcidos por toda la tierra. Así en Amos 9.9 se lee: "Yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las gentes, como se zarandea el grano en un harnero..." y en Oseas 9.17: "... y andarán errantes entre las gentes". Todo esto aconteció al pie de la letra, aunque los judíos no lo esperasen, y durante más de dos mil años Israel ha sido esparcido por todas las naciones, sin hogar, sin patria.

Hace cerca de dos mil años dijo Jesucristo: "Jerusalem será hollada de las gentes, hasta que los tiempos de las gentes sean cumplidos" (Lucas, 21), y nadie puede negar que esta profecía ha sido igualmente cumplida al pie de la letra, pues Jerusalem ha estado en poder de las gentes (o naciones) desde su captura por Tito en el año 70 hasta el día de hoy, cuando se establece

el moderno estado de Israel, detalle éste que nos lleva a considerar otras profecías que han de cumplirse también. Muchas profecías fueron cumplidas en el pasado, algunas se están cumpliendo y muchas quedan por cumplir.

Para finalizar este capítulo, resumimos: la Biblia es el libro único: por su universalidad (apto para todas las razas y todos los tiempos), por su divinidad (satisface nuestra necesidad de Dios y patentiza su autoridad), por su consuelo (llena nuestra alma de gozo y paz, encontrando la verdad y el camino).

Todas estas condiciones elevan al hombre caído, mejora la sociedad y preparan el reino de Dios para su cumplimiento en nosotros mismos. Permítasenos una ilustración. Muchos hombres estudian filosofía, matemáticas, geografía, historia, astronomía, música, etc., etc., pero ¿hemos oído alguna vez a alguno de ellos decir: "Yo era un malvado, un miserable, un borracho, una deshonra de mi familia, hasta que estudié las matemáticas y aprendí la tabla de multiplicar y cambié del todo", o "al estudiar la formación de la tierra me convertí en una buena persona", o "al estudiar astronomía dejé de emborracharme", etcétera, etc.? ¡No, no! En cambio, podemos señalar, no uno, sino millares de casos en que hombres y mujeres afirman honradamente: "Yo era un perdido, un mal hombre que quebranté el corazón de mis padres, de mi mujer, de mis hijos, que causaba la desgracia y la miseria en mi hogar, hasta que oí predicar las palabras maravillosas que se encierran en ese Libro Santo." Todos estos hombres y mujeres saben muy bien que Cristo es "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo", como indicara Juan el Bautista.

Como dice Hoff, "la Biblia muestra al hombre lo que la vida es en realidad; le capacita para descubrir las cosas que son dignas y las que son indignas, enseñándole a remontarse por encima de su pecado y a vivir la vida abundante. Le da salvación, por la gracia de Dios, y le lleva a dedicarse a una vida de amor hacia Dios y hacia el prójimo".

Sí, la Biblia es gran literatura, contiene pensamientos e ideales hermosos, es el Libro eterno, único, sin precio, el "Libro del Mundo", pero por encima de todo es el libro de Dios que presenta un plan para salvar a los pecadores y transformar a los hombres en seres dignos y en ciudadanos mejores. Por esta razón pusimos como

versículo introductorio al presente capítulo aquél que indica que la Biblia fué escrita para que creamos en Jesucristo y para que, al creer en él, podamos gozar de vida eterna.

Capítulo II

¿CUANTAS BIBLIAS HAY?

Inquirid en el libro de Jehová y leed... (Isaías, 34, 16.)

Después de todo lo expuesto anteriormente, parece que no ha lugar la pregunta con que indicamos el presente capítulo, pero es la verdad que en nuestro país, a estas alturas, nos vemos obligados a despejar la incógnita.

No, no hay más que una sola Biblia, un solo libro de Dios, que el profeta llamaba en su tiempo "libro de Jehová", el cual quedó completo con los libros del Nuevo Testamento una vez realizada su obra el Cristo, Hijo de Dios y Salvador del hombre. ¿Es que acaso puede Dios confundir al hombre cuando quiere que su mensaje sea diáfano y único? ¿Podría Dios haber entregado a la humanidad dos libros para que no sepamos a qué carta quedarnos? Sin embargo, todos nosotros hemos oído y leído, lo de "biblias falsas", "biblias protestantes", y es necesario que sepamos lo que de verdad haya en ello.

En principio debemos decir que si afirmamos que la Biblia es católica, con ello damos razón a los católicos y si afirmamos que es protestante, con ello damos razón a los protestantes, pero, afortunadamente, para impedir el orgullo o rivalidad humana, la Biblia se presenta como divina, con todas sus pruebas, y cualquier persona que se ponga del lado de la Biblia tiene siempre la Verdad, que es inmóvil. Bien decía Cristo: "Tu Palabra, oh Padre, es Verdad."

Un hecho es, desde luego, harto conocido: los protestantes siempre han leído la Biblia, los católicos no. Por ello mismo, los inteligentes de la Iglesia de Roma, entre los cuales creemos, naturalmente, al Papa actual, quieren despertar de su letargo y para su propio bien a los millones de católicos para quienes todavía la Biblia es un libro prohibido. La Academia francesa dió un premio a M. Chasles por su libro: "¿Qué es la Biblia?", y las jerarquías de la Iglesia Católica le felicitaron. Ahora bien, en ese libro, que lleva la aprobación eclesiástica, tanto en Francia como en España, la autora dice: "Pero entre los católicos hay un axioma: La Biblia es un libro protestante. ¡Yo no leo la Biblia! Esperemos que se abra una nueva era y que, por fin, muchos comprenderán la necesidad de que hay que recurrir a los textos inspirados, "A la Palabra viva y permanente de Dios" (1.ª epístola de San Pedro, capítulo 1, vers. 23). San Jerónimo, en tiempos difíciles e inciertos como los nuestros, decía: "Si hay algo aquí abajo que mantenga en la sabiduría y que en las tribulaciones y en los torbellinos del mundo mantenga el equilibrio del alma, creo que es, antes que nada, la meditación y la ciencia de las Escrituras"... Pero un hecho más extraordinario todavía me ha sido contado por una de mis amigas, que encontró el otro día a una señora saliendo de la iglesia. Acababa de oír un sermón de su cura y, muy emocionada, casi confidencialmente, le dijo a mi amiga: "Creo que nuestro cura es protestante... acaba de decir: "Leed la Biblia, es la Palabra de Dios". Pero la Biblia es un libro protestante, ¿verdad?" Mi amiga, más instruída, pudo felizmente llevar a la señora a la realidad y tranquilizarla sobre el caso del "Cura protestante"... Quizá el clero no invite bastante a los laicos a alimentarse de "ese pan substancial"...

No creemos exagerar al decir que durante años y años el laico católico sólo ha oído hablar de la Biblia por referencias y su ignorancia ha

dado lugar a ciertos males; al propio tiempo, se ha encontrado a sí mismo en inferioridad frente al protestante, conocido también por "hombre del Libro". Este ha querido imitar al pueblo de Dios, a quien Dios mismo dijo: "Harás congregar el pueblo, varones, mujeres y niños, y tus extranjeros que estuvieren en tus ciudades para que oigan y aprendan... y cuiden de poner por obra todas las palabras de esta ley" (Deut. 31.12). El protestante ha creído saber que para no equivocarse debe conocer la Biblia, como amonestara Jesucristo a quienes sólo superficialmente eran religiosos: "¿No errais por eso, porque no sabeis las Escrituras, ni la potencia de Dios?" (Marc. 12,24); y, en realidad, el nombre de protestante, tan mal interpretado en España, le ha venido por su amor a la Biblia, pues cuando el Emperador Carlos V puso en peligro la libertad del partido evangélico alemán, los evangélicos hicieron una declaración que decía así: "Teniendo en cuenta que no hay doctrina exacta fuera de la que es conforme a la Palabra de Dios; que el Señor prohibe enseñar cualquier otra; que cada texto de la Escritura Sagrada debe ser explicado por textos más claros; que este Libro Santo es idóneo para disipar las tinieblas del creyente, en

todos sus aspectos, estamos resueltos, con la gracia de Dios, a mantener la predicación simple y exclusiva de Su Unica Palabra, tal como se encuentra contenida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, sin añadirle nada. Sólo esta Palabra es verdadera. Es la norma segura de toda la doctrina y de toda la vida, y nunca puede fallar ni engañar... no podemos consentir ningún acto o decreto contrario a Dios, a Su Palabra, a la salvahión de las almas y a la buena conciencia." Después de la Dieta de Spira, en 1529, se les llamó *protestantes* a causa de dicha declaración, pero el nombre verdadero, anterior a la Reforma, es el de evangélicos u hombres que se basan en la Verdad de la Biblia.

El amor a la Biblia llevó a los "protestantes" a los calabozos de la Inquisición, y a la hoguera de los quemaderos en España, al desierto, como en el caso de los Hugonotes y Valdenses, y a otros extremos de heroicidad y sacrificio, antes que vender su fe a las conveniencias del siglo, y la piedad "protestante", fundada en la Santa Palabra de Dios, ha sido reconocida por todos. La lectura de la Biblia guía la oración del "protestante" y su culto personal, o familiar, celebrado al comienzo de cada día o en cualquier otra oca-

sión apropiada, consiste esencialmente en la lectura de un pasaje de las Escrituras y en una oración orientada, en general, y guiada y sostenida por esta lectura. No es para el evangélico sólo ocasión de instruírse y de adquirir conocimientos teológicos la lectura de la Biblia, sino ocasión también de responder a Dios por la oración, luego de haberle oído a El en Su Santa Palabra. Es útil recordar lo que el Padre Curci dijo sentidamente en *Vaticano Regio VI,* 16: "entre los protestantes, especialmente los de Inglaterra... el pueblo, gracias al estudio continuo de la Biblia por el clero y su lectura por los legos, mayormente la del Nuevo Testamento, tienen un conocimiento más extenso y completo de Cristo, el soberano objeto de nuestra fe, que el que se encuentra en el gremio católico-romano".

Quizás tengamos que inclinarnos a admitir un cambio notable en la pluma del Vaticano, pues la historia así lo quiere. El Papa Inocencio III (1198-1216) se mostró contrario a la lectura de la Biblia; en 1211 ordena la destrucción de todas las traducciones a las lenguas vulgares, y diversos concilios se pronuncian en el mismo sentido. En 1229 el Concilio de Tolosa prohibió toda la Biblia en lengua vulgar; la casa de aquellos que

poseían alguna de esas biblias debía ser demolida y, "en cuanto a los poseedores, se los perseguirá despiadadamente hasta en las selvas y en los antros de la tierra. Se castigará severamente asimismo a todo aquel que le diere asilo". El Concilio Tarraconense (1234), el Oxoniense (1408) y, sobre todo, las reglas III y IV del Indice de libros prohibidos, en donde Pío IV puso en 1564 a la Palabra de Dios, continúan por el mismo camino.

Por muchos siglos, pues, la Iglesia de Roma tuvo la Biblia encadenada, y cuando alguien se atrevía a darla a la publicidad, ella la condenaba y prohibía su lectura. Pero no podemos dejar de ver dicho cambio que, tal vez, haya repercutido favorablemente en los medios católicos españoles de poco tiempo a esta parte. Ya no se hacen espectacularmente las quemas de Biblias de Baden, Colonia, Perú, Argentina, España, etc..., ya la amenaza de excomunión por leer la Biblia no asusta a la gente. Desde las órdenes draconianas de los primeros papas hasta la Carta Encíclica "Divino Afflante Spíritu" del actual Papa, fecha 30 de septiembre de 1943, la actitud hacia la Biblia ha cambiado mucho. En esta última Encíclica dice Pío XII: "... predecesores Nues-

tros, con diferentes ocasiones recomendaron ora el estudio, ora la predicación, ora, en fin, la pía lectura y meditación de las Sagradas Escrituras... trata de persuadir a los fieles de Cristo la costumbre, en verdad loable de leer y meditar los santos evangelios... exhortó a todos los hijos de la Iglesia, principalmente a los clérigos, a juntar la reverencia de la Sagrada Escritura con la piadosa lectura y asidua meditación de la misma; y advirtió que en estas páginas se ha de buscar el alimento con que se sustente hasta llegar a la perfección de la vida del espíritu... de suerte que ya no haya ninguna familia cristiana que carezca de ellos, y todos se acostumbren a su lectura y meditación cotidiana... Por lo cual esta autoridad de la Vulgata en cosas doctrinales de ninguna manera prohibe—antes por el contrario, hoy más bien exige—, que esta misma doctrina se compruebe y confirme por los textos primitivos... Y ni aun siquiera prohibe el decreto del Concilio Tridentino que, para uso y provecho de los fieles de Cristo y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en las lenguas vulgares, y eso aun tomándolas de los textos originales, como ya en muchas regiones vemos que se ha hecho, aprobándolo la autoridad de la Iglesia."

Sin embargo, no se han arrancado definitivamente las antiguas tradiciones y esto es lo que confunde al hombre de la calle. Por ejemplo, el doctor Santos Oliveira, en su pastoral desde Málaga sobre "Propagación católica de la Biblia", dijo: "Es cierto que la Iglesia Católica nunca enseñó ni enseñará—como lo hacen los protestantes—que la lectura de la Biblia sea para todos los fieles, indistintamente, necesaria e indispensable..."

Pero la Encíclica "Divino Afflante Spíritu", citada antes, ha dado pie para que cierto sector inteligente del campo católico español se haya decidido a hacer una traducción directa de los originales hebreo y griego, como tenían los protestantes en España desde hacía muchísimos años, y, consecuentemente, hemos visto aparecer la Biblia de Nacar-Colunga y la de Bover-Cantera. La revista "Momento", de Barcelona, fechada en 6 de marzo de 1952, refiriéndose a esta última Biblia, hace una historia firmada por el catedrático de hebreo de aquélla Universidad y dice: "... Casiodoro de Reina, morisco granadino, que de fraile pasó a luterano, y que es autor de la *primera* versión protestante *completa* y*directa* de los libros sagrados al castellano. La

Biblia de Reina, llamada "del Oso" por la figura de la portada, fué impresa en Basilea (15 67-69), donde solían crujir las Biblias protestantes. Antes de Casiodoro de Reina, otros reformistas españoles pusieron manos en traducciones incompletas del Texto Sacro. Juan de Valdés trasladó los salmos y algunas cartas paulinas; Francisco de Enzinas, todo el Nuevo Testamento; Juan Pérez retocó estas traducciones. Para Menéndez y Pelayo la traducción de los Salmos de Juan Pérez no tiene par en la prosa castellana. La versión de Casiodoro de Reina, corregida por Cipriano de Valera, se ha ganado las prensas del protestantismo. Fué editado por vez primera en Amsterdam en 1602. Desde entonces hasta nuestros días —desde el siglo XIX sobre todo— las secciones protestantes extranjeras imprimen y malvenden ediciones y más ediciones de la Biblia de Valera, la cual tiene de bueno lo castizo del lenguaje y de malo, aparte de algunos galicismos, su origen protestante y la falta absoluta de notas aclaratorias. En lengua y en ser traducción de los textos originales, lleva buena ventaja a las dos versiones completas castellanas que hasta el año 1944 leíamos los católicos: la "infelicísima" del escolapio P. Felipe Scio,

impresa en Valencia, a final del siglo XVIII (1791-93), y la más lograda del canónico barcelonés Félix Torres Amat, publicada en Madrid (1823-25). Ambas traducen la Vulgata latina, lo mismo que la Biblia de Colunga-Turrado publicada por la Editorial Católica hace pocos años."

En el segundo artículo sobre el mismo tema, aparecido en el número siguiente, dice Díez Macho: "Después de tantos siglos y de tantas traducciones, los católicos de habla castellana no podíamos aún leer una Biblia española completa, vertida de las lenguas originales: "de la verdad griega y hebraica"... en los países protestantes, en los que abundan las versiones vernáculas de los textos sagrados..."

Conviene inferir noblemente, de lo anteriormente citado, que: 1.º) los "protestantes" españoles fueron primeros en la traducción de la Biblia, 2.º que la primera Biblia impresa en español (vertida, además, de los originales) fué hecha por un "protestante", 3.º) que Menéndez Pelayo admira las traducciones protestantes, superándolas a las católicas (hizo los mejores elogios de la traducción de Valera), 4.º) que los católicos quedaron reducidos a dos pobres traducciones de la Vulgata durante muchos siglos.

En la Biblia de Torres Amat, edición de 1930, leemos lo que sigue: "Advertimos al lector que aunque la versión del Ilmo. Sr. Torres Amat, que es la que reproducimos en esta edición, está en general bien hecha, se aparta, sin embargo, a veces, del texto de la Vulgata y de los hebreos y griego. Así, por ejemplo, dice que Sansón *mató* mil filisteos donde el texto hebreo dice que los hirió o *desbarató*."

La Biblia del Padre José Miguel Petisco, 1943, Compañía de Jesús, Madrid, dice: "La Biblia para los protestantes no necesita aclaraciones, debe explicarse por sí misma y conforme se la dé a entender el Espíritu Santo...; su lectura es necesaria para conocer lo que Dios ha revelado. Todos estos errores anatematizados por la Iglesia..." y, más abajo, "tiene, pues, mucha razón la Iglesia para prohibir las ediciones que se hacen sin su aprobación... por el peligro que se dé adulterada la palabra de Dios al pueblo o que éste la entienda mal."

A pesar de que nos parece encontrar una discrepancia entre estas afirmaciones y el espíritu de la Encíclica anterior, el sentido común no puede rechazar la idea de que, efectivamente, para conocer lo que Dios ha revelado tenemos

que acudir a Su palabra, cosa que nunca debe ser anatematizada, y, por otra parte, ¿no es un contrasentido que los "protestantes" den la palabra adulterada cuando ofrecen el texto íntegro, traducido del original, y "no necesitan aclaraciones?".

Resumamos de lo dicho que, aunque se ha avanzado algo en España, tanto en imitar a los protestantes en su lectura de la Biblia, como en anular la Vulgata latina para recurrir a los originales hebreo y griego, todavía se levanta una barrera entre las ediciones católicas y las ediciones protestantes, basada en dos detalles: *a)* notas aclaratorias, *b)* libros apócrifos.

Y, consecuentemente, queda en el Derecho Canónico ese canon, 1399, que reza así: "Por el mismo derecho están prohibidos: *a)* las ediciones del texto original y de las antiguas versiones católicas de la Sagrada Escritura, aun de la Iglesia Oriental, publicadas por cualesquiera no católicos, y las traducciones de la misma Sagrada Escritura a cualquiera lengua hechas o editadas por no católicos..." El canon 1398 dice: "Los libros prohibidos no pueden editarse, venderse, leerse, retenerse, traducirse a otra lengua ni

proporcionarse de modo alguno sin la licencia debida a la Santa Sede."

Sabemos bien que la Biblia es única, que no hay dos; pero entendemos que existe hoy una diferencia entre una Biblia de edición católica y una de edición protestante: notas y libros apócrifos. Como veremos en el próximo capítulo, los protestantes, en su mayoría, prefieren abstenerse de poner notas en sus Biblias, creyendo que, al hacerlo, pueden coaccionar al lector e impedir la acción del Espíritu Santo, soberano para iluminar la lectura, verdad ésta que el mismo Torres Amat revela en su Biblia, en la entrada del Apocalipsis, con estas palabras: "Pocos capítulos hay en los que no se halle una luz en medio de tanta oscuridad. El lector que tiene fe saca su instrucción de lo que le place a Dios descubrirle y adora humildemente lo que no puede entender." Quienes editan Biblias llamadas "protestantes" creen también, con Torres Amat, que Dios es capaz de descubrir al lector sus misterios y sus enseñanzas.

Pero vamos ahora a tocar el otro punto, el de los libros apócrifos, y para ello es preciso que recordemos, antes de seguir adelante, que la Biblia debe su nombre a una voz griega que significa

"libros pequeños", ya que, en efecto, el Libro de Dios no es sino una colección de libros pequeños, sesenta y seis en total, divididos en dos grupos para formar el Antiguo y Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento describe todos los hechos acaecidos desde Adam y Eva hasta unos cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo, y el Nuevo Testamento trata de la vida del Hijo de Dios, de su muerte y resurrección, de la formación de la Iglesia y de su doctrina, terminando con una visión o Apocalipsis.

Respecto de los libros del Nuevo Testamento, no hay cuestión alguna entre "protestantes" y católicos, toda vez que ambos admiten con perfecta unanimidad los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo, San Pedro, San Juan, Judas y el Apocalipsis. Más aún, hay conformidad perfecta en el número de capítulos, de versículos, en cada uno de estos libros; así que no hay lugar a discutir sobre el Nuevo Testamento. Sin embargo, quizás sea bueno hacer una observación, la de que ciertos escritores, entre ellos el padre jesuíta Jesús Simón, dan al público una idea falsa. Este último, en su libro "Protestante" (cuya portada presenta a un hombre nada menos que arrancando

hojas a una Biblia), dice: "las referidas biblias protestantes no contienen toda la palabra de Dios, pues es demasiado sabido que rechazan un considerable número de libros sagrados. Ellos son los llamados deuterocanónicos, entre los cuales se encuentran..., en el Antiguo Testamento, y del Nuevo, la Epístola de San Pablo a los Hebreos, la segunda de San Pedro, segunda y tercera de San Juan, la de Santiago, San Judas, el Apocalipsis... Estos libros son auténticos, según toda la crítica moderna, y no hay motivo ninguno para excluirlos. Lutero rechazó la epístola de Santiago, a la que él llamó "de paja" por la única razón de que era visiblemente contraria a su teoría de la justificación sin obras."

Indudablemente, los protestantes consideran también que no hay motivo ninguno para excluir esos libros, y por ello mismo cualquiera que se moleste en comprobar una Biblia de las llamadas "protestantes" encontrará rápidamente todas epístolas y hasta la llamada de paja, con la que el pobre Lutero encontraría destruída toda su teoría ante los lectores protestantes. Si el señor Simón no ha visto nunca una Biblia protestante, puede preguntar a los traductores modernos de las modernas versiones católicas, todos los cuales han tenido delante el "texto protestante" antes de publicar sus traducciones.

Hay diferencia, eso sí, en los libros del Antiguo Testamento, y la diferencia radica, principalmente, en siete libros que se incluyen en la Biblia de edición católica y que no aparecen en la Biblia de edición "protestante", más algunos párrafos añadidos a los libros de Daniel, Esther y Reyes por los editores católicos.

Desde el principio, la Iglesia Cristiana ha creído que ciertos escritos constituían la Palabra de Dios en un sentido único y, antes de que se compilara el Nuevo Testamento, los cristianos aceptaron el Antiguo como su libro sagrado, siguiendo así el ejemplo del mismo Cristo, quien hizo gran uso de él por las sinagogas, enseñando y robusteciendo la autoridad del Libro divino. Después de su resurrección pasó algún tiempo enseñando a sus discípulos también, como hiciera durante su ministerio, basándose en el Antiguo Testamento, y en el caso de los discípulos del camino de Emmaús vemos que se refirió a todos los libros del Antiguo Testamento, llamándoles "Todas las Escrituras" para patentizar lo que de él decían. Así Cristo considera que toda la Escritura estaba en aquellos 39 libros que poseían los ju-

díos, y da fuerza a los mismos dividiéndolos, como hacían los propios judíos, con su frase: "todas las cosas que estaban escritas de mí, en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos" (Lucas 24.44).

El Antiguo Testamento se había formado gradualmente a través de los siglos y en el tiempo de Jesucristo era reconocido por los judíos como la Palabra inspirada de Dios, pero allí no estaban los libros apócrifos y, a pesar de que Cristo acusó a los ortodoxos judíos de muchas cosas, incluso de invalidar la palabra de Dios con su tradición, no les acusa de haber introducido libros falsos ni de que hayan eliminado libros. Ninguno de los libros apócrifos estaban en la Biblia de Jesucristo. El reconoció y utilizó los 39 libros judíos, ni más ni menos.

Hay una tradición judía que dice que a la vuelta del Exilio, Esdras, con sus contemporáneos y sucesores del Gran Sanhedrín, recopiló los libros, definiendo el canon. Esta tradición, basada en cualquier hecho, indudablemente, no ha sido confirmada por la evidencia, pero la realidad es que los judíos tenían esos 39 libros y ninguno más como inspirados.

Sabemos que, además de los judíos que habitaban Palestina, había los judíos de la Diáspora en otros países, que hablaban otros idiomas, y sabemos que se registró un silencio profético de unos cuatrocientos años hasta la venida del Hijo de Dios. Ahora bien, en este tiempo ciertos judíos piadosos, con vena literaria y tal vez saturados de literatura helénica, escribieron en idioma griego, en Alejandría, unos cuantos libros que imitaban a los libros divinos y por su valor moral en comparación con cualquier otra literatura, fueron aceptados por los hombres piadosos que vivían lejos de Palestina, a pesar de que su contenido era pura invención, imitando al relato bíblico, o fábulas.

Se desconocen los autores de dichos libros, pero, andando el tiempo, si bien no fueron ni aceptados ni incluídos en el canon hebreo, sí aparecieron en una traducción griega que se hizo en Alejandría, llamada de los Setenta o Septuaginta. De estos libros, dice el célebre historiador Josefo, a finales del primer siglo de la Era Cristiana, en su famoso discurso contra Apión (Cap. I, part. 8): "Desde Artajerjes hasta nuestros días se han escrito varios libros, pero no los consideramos dignos de confianza idéntica a los

libros que les precedieron porque se interrumpió la sucesión de los profetas. Esta es la prueba del respeto que tenemos a nuestras Escrituras."

En el siglo segundo, la Biblia fué traducida en latín, y el Antiguo Testamento incluyó los libros apócrifos porque la traducción se hizo del griego y no del original hebreo. Los apócrifos no fueron tampoco aceptados como inspirados por los primeros Padres de la Iglesia, pues su manifiesta inferioridad, al compararlos con los libros canónicos, mostraba que no podían ser incluídos en la Biblia inspirada. El mismo San Jerónimo, a quien se debe la versión latina (oficial de la Iglesia de Roma desde el Concilio de Trento), conocida por "Vulgata", hace la distinción entre los escritos canónicos como obras de autoridad y los no canónicos, que considera como útiles para estudio privado y "para ejemplo de vida e instrucción de costumbres", pero que no deben ser utilizados "para establecer cualquier doctrina".

En diferentes lugares de los capítulos apócrifos añadidos a Esther, San Jerónimo va diciendo que todo lo ha traducido de la Vieja Latina, pero que no aparece en el hebreo ni en ningún otro traductor, lo que muestra que las "añadiduras"

que aparecen en las biblias católicas no son inspiradas ni reconocidas por quienes consideran Santa y Eterna la Palabra de Dios. Pero, siglos más tarde, en el año 1546, el Concilio de Trento definió el canon de la Iglesia Católica, diciendo: "Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos estos mismos libros enteros en todas sus partes, como se contienen en la Vulgata Latina antigua, sea anatema." Y, según Torres Amat, parece ser que fué Sixto Senense quien introdujo la división en su *Biblioteca sancta* en 1569, de libros protocanónicos y libros deuterocanónicos, con los que no puede ocultarse la distinción entre libros que eran aceptados generalmente y libros que fueron añadidos; mas, por resultar reveladora la palabra "apócrifo" (falso), prefieren los autores católicos la palabra "deuterocanónicos" (después del canon).

De todas maneras queda bien demostrado que sólo el transcurso de siglos pudo debilitar la memoria del pueblo y facilitar la actitud del Concilio, el cual "adulteró" la Palabra de Dios, y nunca los protestantes.

En cuanto a los libros apócrifos, dice el erudito P. H. Scott: "La lectura de los libros apócrifos revela una considerable diferencia de carác-

ter entre ellos y los libros canónicos, particularmente en los fragmentos narrativos de los libros. En los libros canónicos, el retrato de los personajes es, en todos los casos, completamente fiel y sin tapujos. Incluso con los personajes considerados desde ciertos aspectos como ideales, tales cuales Abraham, David, no hay vacilación en narrar con perfecta fidelidad sus pecados y faltas, sus deficiencias espirituales y fracasos, de igual manera que sus triunfos espirituales, es decir son personajes sacados de la vida real. Pero no ocurre así con los apócrifos; son personajes idealizados. Tobit, Tobías, Judit y los Macabeos, por ejemplo, son presentados como personajes que jamás pueden hacer mal y, en algunos casos, se hace lo mismo con el pueblo elegido, Israel, presentándolo como la única nación justa. En estos aspectos hay un decaimiento definitivo del nivel espiritual de esos relatos comparados con los del Antiguo Testamento... Por otra parte, en los libros apócrifos nos encontramos en una atmósfera diferente. En el libro de Sabiduría se describen las plagas de Egipto con tal riqueza de detalle y belleza que raya en lo fantástico; en la segunda de Macabeos las apariciones de los

jinetes cubiertos con armaduras de oro, ayudando a los judíos a ganar tremendas victorias, se introducen según las costumbres de las leyendas romanas de Cástor y Polux; en Tobías, el método de restaurar la vista a Tobías usando las agallas de un pez bendecido por el ángel Rafael; en Bel y el Dragón (añadido a Daniel), el profeta Habakuk es llevado por los pelos a Babilonia, volando con un ángel, para alimentar a Daniel en el foso de los leones, y así numerosas inconsistencias y claras falsedades... y al comparar los dos libros de los Macabeos, vemos que no están de acuerdo en muchos lugares y que incluso el autor confiesa sus graves defectos... Contrariamente, los libros del Antiguo Testamento inspirados, aunque compuestos por una variedad de escritores, muestran un alto grado de consistencia, y es perfectamente posible demostrar su exactitud por los descubrimientos arqueológicos y otros estudios."

Si tenemos presente otro rasgo único de la Biblia no mencionado anteriormente, esto es, su construcción numérica, el científico descubrirá pronto que los libros apócrifos no pueden equipararse con los inspirados. El erudito en lenguas orientales, Karl Sabiers, de Los Angeles, dice:

"Varias personas han dedicado mucho tiempo a examinar los clásicos griegos por ver si hallan la misma estructura matemática que en la Biblia, pero no han encontrado ni rastro. En todo el mundo no se encuentra una pieza literaria que contenga tan sorprendentes rasgos numéricos. Los libros apócrifos no presentan señales de esta construcción numérica."

Independiente de esto, creemos que hay fragmentos de los libros apócrifos que se vuelven contra las prácticas de la Iglesia Romana; por ejemplo, la adoración de las imágenes. Copiamos de una Biblia católica del libro de Sabiduría, capítulo 13, versículo 10: "Pero malaventurados son y fundan en cosas muertas sus esperanzas, aquellos que llamaron dioses a las obras de mano de los hombres, al oro y a la plata labrados con arte o a las figuras de los animales o a una pieza inútil obra de mano antigua. Como cuando un artífice hábil corta del bosque un árbol derecho y diestramente le quita toda la corteza y valiéndose de su arte fabrica mañosamente un mueble apropósito para el servicio de la vida, y los restos los recoge para cocer la comida; y aun de estos restos que para nada sirven por estar torcidos y llenos de nudos, lo va puliendo a ratos desocupados

y con la pericia de su arte va dándole hasta hacer de él la imagen de un hombre, o darle la semejanza de un animal, pintándole de bermellón y poniéndole la encarnadura y cubriéndole todos los agujeros y hendiduras que hay en él; y haciendo después para la estatua un nicho conveniente la coloca en la pared y la afirma con clavos para que no caiga al suelo, usando con ella de esta precaución, porque sabe que no puede valerse a sí misma puesto que es una mera imagen, la cual ha de menester ayuda para sostenerse. Y sin embargo, ofreciéndole votos le consulta sobre su hacienda, sobre sus hijos y sobre sus matrimonios. Ni se corre de hablar con aquellos que no tienen vida; antes bien, suplica por la salud de un inválido y ruega a un estafermo; para hacer un viaje se encomienda a quien no puede menearse; y para sus ganancias y sus labores y el buen éxito de todas las cosas, hace oración al que es inútil para todo. Asimismo piensa otro navegar y estando para surcar las encrespadas olas, invoca a un leño más endeble que aquel en que se va. A este leño le inventó la codicia de ganar y fabricóle el artífice con su saber, mas tu providencia, ¡oh, Padre!, lleva el timón, por cuanto en

medio del mar abriste camino a tu pueblo que huía de Egipto".

Por todo ello, no se beneficia la Iglesia Roma- al afirmar que ella posee la Biblia completa, sino todo lo contrario, y todos aquellos discursos, o escritos, que arremeten contra las "Biblias protestantes" son simplemente inadecuados, puesto que éstas son las verdaderas. Fácil es despistar al sencillo lector, o al desinteresado oyente, con un discurso hecho a la ligera sin tomar en consideración los puntos históricos y canónicos, pero no es tan fácil desfigurar la verdad cuando uno tiene interés en descubrirla.

Terminemos ahora el capítulo haciendo un resumen: 1.º) Todos los "protestantes" del mundo entero aceptan unánimemente y solamente como inspirados los libros que aparecen en la Biblia editada por editoriales llamadas protestantes; 2.º) los teólogos católicos no estuvieron nunca de acuerdo hasta que, transcurridos quince siglos, el Concilio de Trento definió su canon, más justo es mencionar que ni siquiera entonces se llegó a un acuerdo pacífico, sino a una sesión tumultuosa en la que, según los propios historiadores católicos, los 49 obispos estuvieron en disconformidad los unos con los otros; impuesto

el canon, tuvieron que guardar silencio absoluto; 3.º) los protestantes y los obispos católicos, disconformes, tienen razón al aceptar el canon hebraico porque éste es la máxima autoridad en los siglos, y, según nos dice San Pablo, "a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios", esto es a los hebreos, a quienes San Agustín llama "los depositarios nombrados por Dios". La fuerza de tal argumento se nota en la afirmación de Filón: "morirían diez mil muertes antes que sufrir la más pequeño alteración en sus leyes y en sus estatutos", y en la de Flavio Josefo: "El proceder de nuestra gente en relación a nuestras propias Escrituras muestra nuestra fe en ellas. Ninguna adición, disminución o alteración ha admitido. Desde la infancia aprendemos a considerarlas como decretos de Dios que observamos, y por los cuales, si preciso fuera, moriríamos gustosos." Ni en el canon hebraico, ni en el Talmud babilónico, ni en los Targumsus judíos aparece mención alguna de los libros apócrifos que se incluyen hoy en las biblias llamadas católicas); 4.º) la declaración y la recomendación de Jesucristo y de sus discípulos, repetida una y otra vez en el Nuevo Testamento, de que el Libro de Dios estaba completo sin los apócrifos; 5.º) el

dictamen de los Padres antiguos es contrario a los libros apócrifos: el obispo de Sardis, Meliton, siglo II, dice: "Cuando estuve en el Oriente, donde se predicaron estas cosas, procuréme una razón exacta de los libros del Antiguo Testamento, cuyo catálogo te remito adjunto..." (enumera los 39 libros "protestantes"); en el siglo III, Orígenes repite el mismo catálogo de Melitón, y añade: "Los judíos no hacen uso de Tobías ni de Judit; no los tienen en hebreo, ni aun los encuentran entre sus apócrifos... ni los judíos ni los cristianos han creído que Sabiduría fuese libro de Salomón... Los Macabeos no son parte de las Escrituras...", etc.; en el siglo IV, Cirilo de Jerusalem repite el mismo catálogo, añadiendo: "... los apóstoles y antiguos obispos, gobernadores de iglesias, quienes nos lo entregaron, eran más sabios y más santos que tú"; en este mismo siglo San Atanasio, gran teólogo, dice: "He juzgado necesario para mayor exactitud poner por escrito que hay otros libros fuera de éstos que no son canónicos, a saber..." (y nombra los siete que ya hemos citado); 6.º los Concilios de Laodicea, Calcedonia y Constantinopla señalan como apócrifos los siete, antes de que el Concilio de Trento los acepte como canónicos; 7.º) las autoridades

más modernas, desde el siglo V al XVI también confiesan la única autoridad del canon hebraico, o "protestante": Gregorio, San Leoncio, San Juan Damasceno, Nicéforo, San Buenaventura, etc. El cardenal Cayetano, sólo doce años antes del Concilio de Trento, en un comentario sobre los libros del Antiguo Testamento, escribe la siguiente dedicatoria al Papa Clemente VIII: "Muy bienaventurado padre: la iglesia latina universal debe mucho a San Jerónimo, no sólo a causa de sus anotaciones sobre las Escrituras, sino también porque distinguía entre los libros canónicos, por cuya causa nos ha librado del reproche de los hebreos, los cuales, de otro modo, pudieran decir que nosotros nos habíamos forjado libros pertenecientes al antiguo canon, que ellos nunca habían admitido"; 8.º) el testimonio del padre Scío, en sus introducciones a los libros, es como sigue: De Tobías: "Los judíos no reconocen este libro por canónico"; de Judit: "Es verdad que este libro no se halla en algunos catálogos antiguos de las Escrituras"; del Eclesiástico: "No tenía lugar en el canon primitivo de los judíos, y aun la Iglesia misma no lo admitió desde luego en el suyo"; de la Sabiduría: "Brilla en todo el libro aquella elocuencia y erudición griega... muy di-

ferente de la sencilla hebrea"; de Baruch: "No fué recibido por los hebreos, ni se halla en el canon de los libros sagrados que publicó el Concilio V cartaginense"; de los Macabeos: "Esdras no los pudo poner en el canon de las Escrituras Sagradas porque fueron escritos después de sus tiempos."

¿Qué juicio debemos formarnos entonces de la decisión ligera del Concilio de Trento en materia tan delicada como ésta, atreviéndose, sin tomar para nada en cuenta la autoridad del pueblo hebreo, la conducta de Jesucristo y de sus discípulos, los testimonios de los más respetables padres, a colocar en el canon a los libros falsos y a declarar anatema a quien no acate su mandato?

Quizás merezca la misma confianza que pide para sí el autor del libro de los Macabeos, el cual finaliza con estas palabras: "... yo también pondré fin aquí a mi narración; y si está bien y como lo exige la historia, esto es lo que yo deseo, pero si está con menos dignidad se me debe disimular..."

Libros falsos e inseguros no deben mezclarse con los auténticos de Dios. La Biblia es una y verdadera: la formada por el canon hebraico y

el Nuevo Testamento, sin añadiduras ni alteraciones; la Biblia verdadera es, pues, la tildada de protestante.

Capítulo III

ESFUERZO BIBLICO

Así será mi palabra...; no volverá a mí vacía..., será prosperada en aquello para que la envié. (Isaías, 55, 11.)

La Biblia es un libro que tiene vida, y por ello es móvil; no puede estancarse, ni en una sola casa, ni en una sola localidad, ni en un solo país, ni en un solo siglo. Corre, corre, y, si en algún tiempo los hombres le ponen obstáculos, siempre los vence, continuando hacia su meta.

Ya en tiempo de San Pablo encontramos a los mensajeros que corrían, llevando sus escritos, sus cartas a los hombres, a las iglesias; no había otro sistema. Conocidísimo en el caso del esclavo Onésimo, que llevaba en su túnica, desde Roma a Colosas, aquella carta que habría de asegurarle el perdón de su amo Filemón, y los primeros manuscritos debieron diseminarse igualmente entre las iglesias, efectuando así una labor parecida a la que en nuestros días llamamos "colportorado", o sembradores de la Palabra de Dios.

El uso del libro sagrado no quedaba limitado a los servicios religiosos del templo, sino que se leía también en las escuelas y en los hogares judíos y se le estudiaba. En casa del judío, la Biblia era cuestión suprema. Y más tarde, en los siglos II y III, encontramos a San Ireneo y a San Clemente diciendo, el primero: "Que el hombre sea nutrido con las Sagradas Escrituras", y el segundo que: "los hombres deben dominar la Escritura, si su fe ha de estar bien cimentada".

Por otra parte, el mismo Harnack afirma: "La Iglesia estuvo siempre sumamente ansiosa de que la Biblia fuera accesible aun a los paganos, pues había aprendido por experiencia una y otra vez que la Biblia era su mejor misionera". Hacia fines del siglo cuarto la Biblia transforma a un hombre notable. San Agustín, hijo de Mónica, reprochándose su conducta, se arroja al suelo para orar, y cuenta que el Espíritu Santo le llevó a abrir la Sagrada Escritura encontrando el versículo de San Pablo: "Revestíos del Señor Jesucristo y no pongais vuestro cuidado en satisfacer las concupiscencias de la carne." Aquello, dice San Agustín, "invadió mi corazón y todas las tinieblas de duda se desvanecieron". ¡A cuántos

millares de personas no ha transformado una Biblia que llegó a ellos un día!

Pero si el colportorado o circulación de las Escrituras se remonta al amanecer del Cristianismo, lo mismo ocurre con las traducciones. Comenzando desde el día glorioso de Pentecostés, en que los discípulos de Cristo hablaron en todos los idiomas que fueron precisos para dar la Nueva de la salvación a todos los congregados en Jerusalem de todas partes, las traducciones de la Biblia han sido el método indispensable de expansión. En la Conferencia Misionera Ecuménica de 1900, celebrada en Nueva York, el Canónigo W. J. Edmons, citando a San Crisóstomo y a San Teodoreto, demostró que "el trabajo bíblico de diseminar y traducir las Escrituras comenzó en el sitio mismo en que comenzaron las misiones a los paganos: en Antioquía. Y desde cualquier centro misionero, Antioquía, Alejandría, Cartago o Constantinopla, podemos trazar las huellas de los traductores de la Biblia, huellas hermosas, y no sólo hermosas, sino indelebles."

Esta benéfica función, y no otra, es la que desempeñan las Sociedades Bíblicas en el mundo. La propaganda de las Sociedades Bíblicas no

consiste esencialmente en predicar un credo definido, sino en distribuir la Sagrada Escritura por todo el mundo, en despertar el deseo y necesidad de leer la Palabra de Dios, facilitando el texto genuino, sin adulteraciones, añadiduras ni comentarios. En este sentido, las Sociedades Bíblicas son el mejor arma política en el mundo para diseminar y fomentar la paz y el bienestar humano, toda vez que el Evangelio de Cristo es "justicia" y "paz". El Libro divino declara: "la obra de la justicia será paz y el efecto de la justicia quietud y seguridad para siempre."

Ilustremos este beneficio de la Biblia. En cierta ocasión un extranjero preguntó al Doctor Welch: "¿Cómo es que el pueblo británico muestra con naturalidad ser más honrado que muchos pueblos del continente europeo?", y el aludido replicó: "Porque durante cuatrocientos años, como mínimo, se ha leído en voz alta en todas nuestras iglesias el octavo mandamiento de la Biblia, "No robarás", domingo tras domingo, hasta que ha penetrado en el carácter británico y ha formado parte de él."

Sí, las Sociedades Bíblicas han promovido el amor fraternal entre todos los hombres y, a este respecto, el rey de los británicos dijo en una emisión de Navidad lo siguiente: "Un antiguo presidente de los Estados Unidos acostumbraba relatar la historia de un niño que llevaba a sus espaldas a otro niño todavía menor, subiendo una colina. Alguien le preguntó si la carga no sería mucha para él, y el niño contestó: "No es una carga, es mi hermano." De esta manera, saludemos al futuro con un espíritu de hermandad y hagamos un mundo en el que, quiera Dios, todos puedan convivir en justicia y paz."

Es indudable que las Sociedades Bíblicas han llevado también a los hombres la seguridad y la confianza en la Palabra de Dios. Refiriéndose a la Biblia, el rey Jorge VI dijo en momentos graves: "Nos toca a nosotros en estos días difíciles el volvernos con renovada fe a esta divina fuente de consuelo e inspiración"; el presidente Roosevelt: "Ahora y siempre la Biblia ayuda a lograr las aspiraciones más sublimes del alma"; el Generalísimo Chiang-Kai-shek, después de leerla, afirmó: "La grandeza y amor de Jesucristo entró en mi corazón con una nueva inspiración, aumentando mi fuerza para luchar contra el mal, vencer la tentación y mantener la justicia"; el General Smuts la llama "el documento más precioso en la historia de nuestra raza humana"; el

Almirante Sir Andrew Cunningham la describe como "nuestra fuerza y consuelo"; el Mariscal de Campo Montgomery dijo a sus hombres: "Señores: yo leo la Biblia cada día, y recomiendo a ustedes que hagan lo mismo"; Mr. Churchill, en cada discurso, muestra su agradecimiento, tanto al lenguaje de la Biblia como a sus ideas dominantes; la reina Guillermina de Holanda, en una emisión radiofónica para el pueblo danés dijo que la Palabra de Dios estaba "sucediendo" en su país, significando con aquella frase que el pueblo holandés, no solamente leía la Biblia, sino que la grababa en su corazón y se aplicaba sus enseñanzas. En cuanto al pueblo noruego, el primado dijo: "La Palabra de Dios se ha apoderado de nosotros y el pueblo la ha encontrado cuando más la ha necesitado", y así podríamos citar indefinidamente testimonios notables de lo que la Biblia ha hecho, gracias a que los ejemplares necesarios se han distribuído por las Sociedades Bíblicas.

Ahora bien, conviene mencionar que, antes de la Reforma Religiosa del siglo dieciséis, ya Inglaterra había traducido la Biblia completa, obra que llevó a cabo en 1382 Wycliffe. Más tarde, en 1466, apareció en Alemania una Biblia,

anterior a Lutero, y éste publicó la suya en 1534; Italia tuvo su primera Biblia en 1471, en España en 1478, Bohemia en 1488 y Holanda en 1526; más tarde, Francia, Dinamarca, Suecia, Hungría, Polonia, Portugal, etc. No es de extrañar, pues, que fuese Inglaterra la nación que fundara la gloriosa Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, que dió lugar a otras Sociedades Bíblicas en Europa y América, casi todas las cuales se hallan hoy unidas bajo la denominación común de Sociedades Bíblicas Unidas.

Muchos ya conocen la historia de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, y recuerdan con simpatía a la niña, María Jones, que ahorró sus monedas durante seis años para comprar su Biblia, aquella Biblia que hoy figura en la Biblioteca de Londres con su autógrafo e indicación de haberla comprado en 1800 cuando tenía dieciseis años. ¡Y cuántas millas anduvo para llegar a Bala a comprarla! Pero lo más lamentable fué que el pastor Charles no tenía suficientes para vender, pues en aquel tiempo las biblias andaban muy escasas y ni con dinero se lograban. Las muchas lágrimas de la niña, su tesón y su fatiga, decidieron al pastor a entregarle una de las pocas que tenía para todo su distrito, distrito am-

plio por el que sus maestros itinerantes enseñaban a leer a la gente. Mas aquella conmovedora escena engendró una noble decisión en el corazón del pastor Charles: que la Palabra de Dios pudiese llegar a todos los hogares de su región. Y así, en el invierno de 1802 Mr. Charles bajó a Londres con una idea en su corazón.

La Sociedad de Publicaciones Religiosas le oyó en su próxima reunión, y en vista de las calurosas palabras de aquel hombre sobre la necesidad de formar una sociedad capaz de imprimir suficientes biblias en galés para todas las familias de su región, otro gran hombre, míster Joseph Hughes, exclamó con entusiasmo: "¿Formar una sociedad para esto? ¡Ya lo creo!; pero no sólo para Gales, sino para el mundo entero."

Dos años transcurrieron en hacer saber el propósito y en los preliminares necesarios, mas el 7 de marzo de 1804 la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera quedó establecida, suscribiéndose en su primera reunión 700 libras. La noticia llenó de alegría a Gales, donde las contribuciones, principalmente de gente media y de las clases humildes, ascendieron a 1.900 libras. El Tesorero de la Sociedad declaró últimamente que la Sociedad no se habría fundado de haber hecho caso

a los consejos de prudencia, pues hubo quienes en dicho año 1804 aconsejaron que los tiempos no eran propicios para embarcarse en una nueva aventura ¿No estaba Inglaterra amenazada por la invasión? ¿Quién sabía lo que haría Napoleón de un momento a otro? ¿No era mejor esperar a los tiempos de paz? Sin embargo, la Sociedad fué fundada "para estimular la circulación de la Sagrada Escritura", y podemos decir que en en aquellos negros días brilló una gran luz.

En la fundación de la Sociedad Bíblica se encontraron todas las denominaciones y se sintieron unidas por la simpatía de una causa común y por el mismo deseo de servir al común Maestro y Salvador. Como dice un historiador, "Circundada por una multitud de cristianos cuyas doctrinas y diferencias de ritos les había mantenidos separados durante siglos, la escena constituyó algo nuevo." En Nueva York prevaleció el mismo espíritu en una situación similar, cuando hombres de diferentes comuniones, que representaban a pequeñas Sociedades Bíblicas locales, se reunieron en 1816 para crear una organización central adecuada. Se nos dice que la convención se reunió en el día señalado y "para asombro de todos los presentes, estos campeones

de la defensa denominacional estuvieron todos de acuerdo en este punto." En 1904 las dos Sociedades Bíblicas, la Británica y la Americana, efectuaron una división adecuada del campo brasileño, sellando el plan con estas palabras: "... Todos los obreros y sociedades dependen de las Sociedades Bíblicas para el suministro de Biblias destinadas a la distribución, y así todas hallan en ellas un interés común. Las Sociedades Bíblicas han sido casi el único lazo de unión entre todos los obreros y grupos cristianos a través de todo el país."

Desde 1830 una larga lista de nuevas traducciones aparecieron en rápida sucesión por todo el mundo, las cuales fueron costeadas por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera y por la Sociedad Bíblica Americana. Estas sociedades financiaron también la circulación de éstas y otras versiones en gran escala, a fin de que pudieran ser fácilmente accesibles a los pueblos para quienes habían sido hechas. Hoy, el número de traducciones asciende a unas mil cien lenguas.

Fué, pues, verdaderamente profética la frase del Dr. Steinkopf: "Echemos una mirada amistosa a los países lejanos y seamos los forjadores

de la primera institución que haya jamás salido de una nación europea con el propósito expreso de hacer bien a la humanidad."

El primer presidente de la Sociedad fué Lord Teignmouth, Gobernador General de la India; el segundo, Lor Bexley, Ministro del Gobierno Inglés; el tercero, el Conde de Shaftesbury, miembro destacado de la Cámara de los Comunes. Fué él quien incluyó a España en el trabajo de la Sociedad. Actualmente son los Reyes de Inglaterra quienes ostentan los cargos honoríficos más altos en esta obra, pues los trabajos voluntarios y beneficiosos de la Sociedad a través de tantos años fueron reconocidos por una Carta de Incorporación firmada por el Rey Jorge VI el día 27 de noviembre de 1948.

El 11 de junio de 1886, cuando el Príncipe de Gales puso la primera piedra en el edificio actual de la Sociedad de Londres, el Conde de Shaftesbury dijo: "Este edificio se levanta para gloria de Dios y fomento de los mejores intereses de la raza humana", y así ha sido reconocido por todos los hombres de buena voluntad.

El gran Disraeli dijo del conde: "El nombre de Lord Shaftesbury pasará a la posteridad como hombre que, en su generación, ha trabajado más

que ningún otro para elevar la condición y el carácter de sus compatriotas." Y, refiriéndose a la influencia de su niñera, María Millis, dice uno de sus biógrafos: "Como la madre de Abraham Lincoln, ella cogía al niño en su regazo y le leía largos capítulos de la Biblia, hasta que, finalmente, las experiencias religiosas de los personajes bíblicos constituyeron para él una herencia viva." Todo cuanto él hizo en Inglaterra por el bien de los hombres lo arrancaba de lecciones bíblicas aprendidas de aquella mujer.

La Sociedad Bíblica comenzó a beneficiar a España ya por el año 1805 cuando distribuyó en Inglaterra Nuevos Testamentos y Evangelios en español entre los prisioneros de guerra españoles, y en los años siguientes millares de ejemplares se introdujeron en nuestro país, mas la Agencia de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera no se estableció en España hasta el año 1835 cuando Jorge Borrow llegó a la Corte.

Todos los evangélicos españoles están familiarizados con la figura de aquel simpático y noble caballero sembrador de la Palabra y agradecen a "don Jorgito el inglés", como algunos le llamaban, su difícil tarea de "pelear" por la distribución de las Sagradas Escrituras entre las gentes de España. Aquellos notables episodios quedaron registrados en la famosa obra "La Biblia en España", que vertió al castellano don Manuel Azaña.

Jorge Borrow, después de aquellos Julianillos del siglo XVI, españoles que vendieron cara su vida a la Inquisición por traer la Biblia a España, se destaca glorioso, en la serie de soldados de Cristo que han venido trabajando en nuestro país por la siembra de la Palabra de Vida.

Borrow era un hombre excepcional. El 27 de Diciembre de 1832 escribió Mr. Cunninghan, representante en París, una carta a Mr. Andrew Brandram, Secretario de la Sociedad de Londres, presentando a un joven "que ha leído la Biblia en trece idiomas" y que podría ser útil a la Sociedad. Cuando el Secretario habló con el joven Borrow, le quiso poner a prueba. ¿Sería capaz de aprender la lengua manchú? Le dieron seis meses de tiempo, libros, gramáticas, etc., pero antes de un mes ya había vuelto el lingüista para dejar sorprendido al Comité. Por ello, el día 11 de agosto de 1833 Borrow se encontró en la proa de aquel barco que por el Báltico se dirigía a Rusia. Llegado a tierra, tomó el tren para San Petersburgo.

No podemos detenernos en sus tareas llevadas a cabo en el Imperio Ruso, donde logró impri-

mir parte de la Biblia en tártaro manchú y distribuirla, haciendo, de paso, gran amistad con los gitanos, cuyas costumbres y lengua dominó tan perfectamente, que fué conocido por "el gitano inglés". La Sociedad quedó perfectamente satisfecha, y tres meses después de su regreso de Rusia, fué solicitado para viajar por Portugal y España al objeto de "conocer las costumbres y oportunidades posibles para distribuir el Evangelio en aquellos pueblos que lo ignoran".

Nuestro país se hallaba, a la llegada de Borrow, en una de sus revoluciones, o guerras carlistas. La reina Isabel II estaba en el trono, pero siendo niña, gobernaba su madre. Don Carlos, tío de la reina, reclamó el trono y alzó bandera de rebeldía. El ejército, apoyado por Inglaterra y Francia, luchaba por la reina niña, mientras la Iglesia y la mayoría de los campesinos luchaban por el tío. El pueblo era indiferente, apático, y los bandidos y ladrones, aprovechando la ocasión, asaltaban por todos los caminos de España, formando bandas de guerrillas. Jorge Borrow cayó en medio de semejante caos, provisto de su Nuevo Testamento, para luchar contra los principados y potencias de las tinieblas, y llevar la luz de Dios a las almas. No vino sólo como

Agente de la Sociedad Bíblica, sino también como persona que quería el avance mental del pueblo español, y quizás por esto muchos idealistas liberales le admiraban.

Pero el corazón de Borrow se entristecía en aquella lucha fratricida, y cuenta que una vez un joven político radical quiso distraer al "visitante británico" y le llevó a ver la ejecución de dos malhechores. El cuadro de aquellos dos desgraciados ante la horca, con el sacerdote a su lado y la multitud expectante, y el dibujo de una seca sonrisa en la boca de su compañero, le hicieron alejarse rápidamente de allí y encerrarse en su habitación con el alma torturada. Tenía que ver inmediatamente al Presidente del Consejo de Ministros, pues el corazón de los hombres necesitaba del Evangelio Divino. Y Mendizábal le oyó, pero... ¿Biblias? ¡Qué tontería! "Lo que nosotros necesitamos son cañones para vencer a esos rebeldes carlitas"—repetía el gobernante...

Sin embargo, tiempo después, cuando Borrow regresó a Inglaterra, transcurrida su primera fase en nuestro país, dejó tras sí la impresión de 5.000 Nuevos Testamentos en Madrid, que más tarde había de distribuir por territorio es-

pañol... por Salamanca, donde nombró un Agente; por Valladolid, donde dejó otro, etc. Y una buena mañana la gente que pasaba por la calle del Príncipe, de Madrid, pudo ver en un escaparate centenares de Testamentos en español e incluso el evangelio de San Lucas en la lengua de los gitanos, el caló. Alzando los ojos, se leían las grandes letras "Depósito de la Sociedad Bíblica. Agente, Jorge Borrow". Y justo es mencionar que hubo dos reacciones principales: la de los menos, que pasaban y se santiguaban como si vieran alguna herejía, y la de los más, simpatizantes, quienes, no pudiendo manifestarse abiertamente, lo hacían en tinieblas... La puerta se abrió, y un grupo de personas, envueltas en sus capas y ocultos sus rostros, avanzó hacia el Agente. Cada uno de ellos sacó del bolsillo un Nuevo Testamento, y el que dirigía preguntó: "¿Es usted quien han traído este librito a España?" Apenas si Borrow pudo contestar en seguida, ignorando si se trataba de un arresto o de un ataque. Por fin, animosamente, replicó: "Sí; es para mí una gran honra el haberlo traído; ese libro es el Nuevo Testamento, y desearía poder disponer de un millón de ejemplares para repartirlo." Al cabo de un segundo

se oyó una voz: "Y yo también. Hemos comprado estos libros en las ciudades donde usted tiene representantes y venimos a darle las gracias, pero también a confiar en que el Antiguo Testamento pueda ser publicado igualmente."

En diciembre de 1838 regresó Borrow a España nuevamente, tras una ausencia de dos meses. Madrid estaba en ebullición con motivo de su campaña y ya le quedaban pocos Testamentos. Sus ocho colportores, amigos llenos de entusiasmo, habían hecho una buena labor, mas nos dice la historia que el 3 de abril de 1840 el "Royal Adelaide" abandonó las costas de España, llevando a bordo a Jorge Borrow, a su caballo árabe y a su criado. El panorama de aquellos seis turbulentos años quedaba lejos... tarea ardua, oposición enorme, muleteros, salteadores de caminos, gitanos, montañeses, peligros, intriga...; pero allí quedaron sobre territorio español los 5.000 ejemplares del Nuevo Testamento, más 500 ejemplares de toda la Biblia y centenares de Evangelios de San Lucas en caló. La Palabra tenía poder y daría su fruto... Bueno será decir que sólo en el año 1934 se distribuyeron 305.305 ejemplares en nuestro país.

Españoles auténticos han desempeñado y desempeñan, después de Jorge Borrow, el noble trabajo de llevar la Biblia a nuestros compatriotas, no rechazando, ántes bien, recibiendo con gratitud a cualquier extranjero que quiera sumarse a ese ejército bienhechor, y a lo largo de los años la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera ha esparcido por España millones de ejemplares. El autor de la "Historia de la Reforma en España" menciona estos trabajos y dice: "Hasta el presente puede asegurarse, sin exageración, que el número de ejemplares lanzados al público por la Sociedad Bíblica Británica puede contarse por millones, y por consiguiente cabe creer que esta Sociedad ha sembrado de Biblias el territorio español. El aspecto filantrópico de la misma es algo de lo más simpático y digno de elogio que conocemos. Como negocio comercial, la venta de Biblias es uno de los mayores fracasos editoriales, pues en cada ejemplar la Sociedad pierde una cantidad respetable de dinero. La Sociedad vende y regala la Biblia por amor a la Biblia misma y a las almas que puedan ser beneficiadas con su lectura, y jamás buscó el interés material en ello. Unicamente un amor creciente y sin límites

por la Biblia puede mover a una empresa semejante."

Pero si Jorge Borrow tropezó con dificultades e inconvenientes, también pasaron por igual esperiencia los que le han seguido. Los gloriosos vendedores de la Sociedad, colportores, afrontaron valientemente enfermedades, privaciones, persecución, palizas, cárceles, y, llenos de irresistible convicción, anduvieron fatigosamente millares y millares de kilómetros, con frío y con calor, por pegajosas y tristes llanuras, por ásperas montañas. Populacho hostil, críticos crueles, santurrones fanáticos fueron vencidos con resuelto espíritu cristiano. ¡Qué obra tan gloriosa la del colportor! De ciudad en ciudad, de casa en casa, de persona en persona, a lo largo de ásperos caminos, de inexorables prejuicios y de rudo fanatismo, cumple pacientemente su sagrada vocación. Estos hombres consagrados a quienes tanto debe España han realizado una obra que sólo Dios puede valorar y sabrá premiar. Por medio de estos hombres de las Sociedades Bíblicas se hace una realidad el escrito de Isaías (40.8) "Sécase la hierba, cáese la flor, mas la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre."

La Agencia de la Sociedad Bíblica en España, que comenzó en la calle del Príncipe, se trasladó a otros lugares, Leganitos, etc., hasta instalarse definitivamente en la calle de la Flor Alta, número 2, Madrid, en donde actualmente se halla. Allí se encuentra la Biblia en sus idiomas originales y en todas las traducciones modernas; no llevan notas ni tienen los textos apócrifos, sino el texto real; y, si bien es cierto que no han faltado las dificultades y las incomprensiones, en guerra y en paz, la verdad es que, gracias al Todopoderoso, su testimonio continúa y la Biblia no ha desaparecido del territorio español, prosiguiendo su trabajo...

Un escritor, Turner, en su "La Biblia en América Latina", dice: "La incesante labor de distribución de las Escrituras emprendida por las Sociedades Bíblicas en América Latina ha inspirado indudablemente a otros grupos, entre ellos a la Iglesia de Roma, a reconocer públicamente el valor inestimable de la traducción, publicación y uso eficaz de la Biblia entre los fieles", y otro tanto podemos decir de España, en cuanto a la Iglesia Católica se refiere. Tras tantos años de celebrar la Sociedad Bíblica Británica en España el "Día de la Biblia", el obispo

de Madrid instituyó en el año 1947 el Día de la Biblia católico, que debería "comenzar el 29 de septiembre de dicho año, domingo más próximo a la fiesta de San Jerónimo, patrón inmortal de los estudios bíblicos". En su pastoral, el obispo se pregunta el por qué de un día bíblico, y luego pasa a explicar la necesidad de implantarlo. Un comentarista francés dijo: "Queda uno confundido al leer, según los propios términos del obispo, que este año "verá realizar por primera vez un proyecto formado desde hace tiempo". Pero, de todas maneras, hemos de felicitarnos por este hecho, como igualmente por las dos traducciones de la B. A. C. a que hacemos referencia en el capítulo anterior.

Las Sociedades Bíblicas han llegado a penetrar con la Biblia en la vida y en las instituciones de muchos países, incluyendo la América del Sur. El señor Turner nos dice a este respecto: "Con gran satisfacción se lee de cuando en cuando en algunas partes de la América Latina un artículo, publicado en algún diario o revista secular, referente a algún tópico bíblico o a la Biblia misma. Con frecuencia creciente el lenguaje de las Escrituras e incidentes registrados en la Biblia son citados por conferenciantes, eru-

ditos y aun dirigentes políticos... En las escuelas secundarias y en las universidades nacionales de varios países latinoamericanos se lee la Biblia como literatura... De tiempo en tiempo la Sociedad Bíblica recibe pedidos de Biblias procedentes de bibliotecas de las ciudades y de las bibliotecas de colegios y universidades de la América Latina... Una escuela de la parte septentrional de la América del Sur publicó su declaración en la siguiente forma: "1.º Creemos que ninguna educación es completa a menos que esté basada sobre la religión. 2.º Para lograr este resultado se usa la Biblia como texto en las clases de inglés...". En España no hemos llegado todavía a equipararnos con América del Sur, cuanto menos con otros países en donde la Biblia ha penetrado toda la vida social, pero hemos de desear que así sea para beneficio de nuestra nación.

Otro aspecto de las Sociedades Bíblicas, según apuntamos al principio, es el de las traducciones. Después de las grandes versiones de Tyndale, Erasmo, Lutero, Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera, encontramos otros hombres, como Juan Eliot, que vivió sin ayuda alguna durante muchos años en medio de las selvas primitivas en los tiempos coloniales de Norteamérica hasta dominar el lenguaje de los indios, llegando a darles toda la Biblia en su propia lengua. Esto fué realizado en 1663, y se considera la primera traducción de la Biblia en el hemisferio occidental.

Cincuenta años más tarde Bartolomé Ziegenbald, misionero en la India Oriental, dió al pueblo tamil el Nuevo Testamento completo y parte del Antiguo, en el 1715, y a principios del siglo XIX, Guillermo Carey prestó un incalculable servicio con la traducción de la Biblia al dialecto bengalí de la India, ayudando luego a la traducción de la Palabra de Dios a unas treinta y cuatro lenguas. Poco después Adoniram Judson hizo su traducción para los habitantes de Birmania, y en 1812 Roberto Morrinson, después de vencer increíbles obstáculos, publicó su traducción de toda la Biblia al chino. Más tarde Roberto Moffat completó su versión en la lengua bechuana del Sur de Africa, y posteriormente del Antiguo, en el 1715, y a principios del interrumpida.

Concluimos afirmando que toda la humanidad debe estar agradecida a las Sociedades Bíblicas, y todos los hombres sensatos que deseen el bien-

estar y progreso de su pueblo, no pueden por menos que promover este trabajo noble y altruista y animarlo de cualquier forma que esté a su alcance.

Nuestra responsabilidad como seres humanos, tras considerar la ingente y denodada labor del ejército de hombres bíblicos, es preguntarnos si hasta nosotros ha llegado un ejemplar de la Santa Palabra de Dios, y, de no ser así, sinceramente, aconsejamos al lector que se provea seguidamente de una Biblia y comience su lectura y estudio, sobre lo cual se adelantan normas en el capítulo siguiente.

Es ilógico que mientras los blancos llevan a los negros, ,a los amarillos y a los indios la Santa Palabra, haya en nuestra España millones de habitantes que no poseen la Biblia.

El informe anual de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera registra una inspiradora declaración del Perú.

"En la feria de Juliaca, gran centro indio, un colpoltor leyó y vendió las Sagradas Escrituras durante varios días. Las ventas fueron muy buenas e incluyeron Testamentos y Evangelios en quechua. Mientras leía en la plaza en el idioma quechua, un indio le abrazó diciendo: "Viracocha,

que la bendición de Dios sea sobre ti por traer luz a los indios." En Huancané, el colportor vió las más grandes multitudes de indios que jamás haya visto, calculando que vinieron 20.000 un domingo al mercado. Allá el colportor habló y leyó en español y en quechua. Oír predicar el Evangelio en su propio idioma fué una experiencia nueva que deleitó a los indios, y no pudo satisfacer a todos los pedidos de libros."

No seamos inferiores a esos indios en la lectura y conocimiento de la Biblia...

Capítulo IV

¿COMO LEER LA BIBLIA?

"... Mas, ¿entiendes lo que lees?"

Hechos 8, 30.

Supongamos que un hombre, que no ha visto a su padre desde su niñez, recibe noticias de una vasta herencia en un país lejano. El ignora el camino que ha de tomar, pero sabe que es escabroso, lleno de dificultades y de peligros; ha oído que hay falsos guías para descarriarle y muchos enemigos en el tránsito, y, por lo tanto, no sólo se expondrá a perder el dinero o estado prometido, sino tal vez su vida con cuanto posea. Lo natural es que se encuentre preocupado y deseoso de encontrar una dirección segura y alguien que le defienda de sus enemigos. ¡Con qué placer oiría entonces que su padre le ha dado una dirección clara, completa y minuciosa por escrito, y le ha preparado un Defensor del todo suficiente! Al enterarse de ello, se dispondría a leer la carta de su padre y a confiar en su protector.

Podemos aplicar el simil a la Biblia: el camino es la vida del hombre, la herencia es el cielo, su Protector es Cristo, la carta que debe leer es la Palabra de Dios, sin la cual jamás se conocerá debidamente lo que el Padre dice. Por ello, la posesión de una Biblia es uno de los más elevados privilegios de que el hombre puede disfrutar, ya que con ello posee el secreto de su herencia; pero, contrariamente, el desprecio de la lectura de la Biblia, amén de ser catastrófico para el hombre mismo, representa un desprecio hacia el padre, cosa indigna de un hijo.

La Biblia es, ya lo vimos, distinta de todo libro, por cuanto tiene el poder de dar vida eterna, según el mismo Cristo afirma: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Juan 6.63), y en este camino terrenal de tinieblas, de trampas y de zancadillas, la Biblia ilumina el terreno que pisamos y el camino que se abre delante de nosotros, de la misma manera que lo hiciera para el Salmista, que afirmaba gozoso: "Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino" (Salmo 119.105).

Es, por ende, necesario leer la Biblia, estudiar la Biblia, sin cuyo requisito no es posible que el hombre se desarrolle espiritualmente, pues la

falta de este alimento le dejará como un enano en su interior. Notable es la amonestación de San Pedro, en su primera carta (2.2): "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis en salud", pues siendo la Palabra de Dios el sustento del alma, el alimento de la nueva vida, ¿cómo podríamos continuar en ese lamentable estado de raquitismo espiritual? San Pablo tiene que urgir a los cristianos a que sigan alimentándose debida y progresivamente: "... habéis llegado a ser tales, que tengáis necesidad de leche y no de manjar sólido" (Heb. 5.12) "os di a beber leche y no vianda, porque aún no podíais, ni aún podéis ahora..." (1.ª Cor.3.2).

La lectura y el estudio de la Biblia son indispensables para todos los que se llaman cristianos, pues, en frase de San Jerónimo, "ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo." Adquiera una Biblia, ponga su nombre sobre ella y pida a Dios que grabe en su corazón las palabras que El ha puesto en el Libro; léalo cada día, sea por la mañana o por la noche, o en ambas ocasiones, pero no deje de leerlo. La epístola a los Hebreos (10.16) dice: "Y este es el pacto que haré con ellos... dice el Señor: Daré mis leyes en sus co-

razones, y en sus almas las escribiré", y el Salmista (119.165): "Mucha paz tienen los que aman tu ley; y no hay para ellos tropiezo", así que dejemos a Dios mismo grabar sus palabras sobre nuestro corazón.

Quizás alguno diga que no tiene tiempo, pero el tiempo que se *haga* para la lectura de la Biblia será el mejor tiempo y el más aprovechado. Lord Cairnes, uno de los hombres más ocupados de América, dijo antes de su muerte que las dos primeras horas de cada día las dedicó siempre al estudio de la Biblia y a la oración, atribuyendo el éxito de sus grandes empresas. Es conocidísima en los Estados Unidos la obra del millonario Le Tourneau, quien dedicó la mejor parte de su tiempo al estudio de la Biblia y a ponerla en práctica. Lo que la regularidad en las comidas es para la vida física, es la regularidad en la lectura y estudio bíblico para la vida espiritual. La mayoría de las personas pierde una enormidad de tiempo durante el día. Nos basta con una simple mirada en el tranvía, en el "metro", a los cafés, a las terrazas, parques, etc., y hasta dentro de las casas particulares, para ver a jóvenes y a mayores, de ambos sexos, perdiendo su tiempo lastimosamente, ya sea leyendo novelas de pésimos escritores, periódicos de poca monta, charlando, discutiendo y holgazaneando.

El tiempo se pierde igualmente mientras viajamos, en la espera de las consultas médicas, en los hoteles o restaurantes mientras sirven la comida, en las "colas" de los establecimientos o de las paradas de vehículos, etc., etc., y, sin embargo, ese tiempo precioso puede ser aprovechado leyendo la Palabra de Dios, en casa teniendo una Biblia, y en la calle llevando un Nuevo Testamento de bolsillo, de los preparados a tal efecto. Se dice que Henry Ward Beecher leyó una de las más largas historias de Inglaterra, poco a poco, mientras esperaba que le sirvieran las comidas en su restaurante habitual, y ¿cuántas veces habríamos leído la Biblia de haberle dedicado el mismo tiempo? El gran evangelista Torrey contó de un hombre en una pequeña ciudad canadiense, chapucero de oficio, que conocía la Biblia mejor que cualquier otra persona en la localidad. Aquel hombre tenía siempre la Biblia abierta en un estante, y en los intervalos de su trabajo se ponía a meditar sobre ella; es cierto que el libro llegó a ennegrecerse por el uso en tal lugar, pero el alma de aquel hombre aumentó paralelamente en blancura. No hay economía

que rinda tanto como la economía del tiempo; pero no hay mejor manera de economizar el tiempo que dedicándolo al estudio y meditación de la Palabra de Dios.

No faltará quien diga: "Todo esto es verdad; pero yo no soy hombre de cultura y no tengo estudios para poder leer la Biblia, que, según dicen, es difícil de entender." Sin embargo, esa misma persona, sea cual fuere su profesión actual, habrá comprobado que cuando empezó a trabajar le resultaba difícil aprender, o desconocido el trabajo, mas siguió adelante porque tenía que definir su profesión, o porque era necesario alimentar a su familia. Si hubiese dicho: "este trabajo es difícil, o pesado, me siento y no hago nada", ¿qué habría sido de su profesión, o qué del pan de sus hijos? Tiene el alma igualmente necesidad de alimento, y este alimento ha de obtenerse trabajando con paciencia en la lectura de la Biblia. Y, como aprendimos nuestra profesión, así aprenderemos también a conocer la verdad de la Biblia, que no puede abarcarse en un solo día.

Esto es lo que se llama "libre examen" que algunos no quieren admitir, como si en cosas del

espíritu pudiese ejercerse un monopolio similar al de las cosas de la materia. A este propósito, el profesor español Gutiérrez Marín dice en su librito sobre la "Reforma y la Palabra de Dios": "Unicamente teniendo en cuenta la relación existente entre la Palabra divina escrita y el hombre que la lee u oiga, y al mismo tiempo la intervención del Espíritu Santo (intervención libre, como soberanamente libre es la voluntad de Dios), se entiende el libre examen. El libre examen no se basa en la libertad del hombre para estudiar la Palabra divina, que a este respecto se suelen confundir los términos..., se basa especialmente en que la Sagrada Escritura es clara y no contiene contradicción alguna en todo cuanto se refiere a la salvación del hombre. Los reformadores todos concuerdan en afirmar que no hay mejor intérprete de la Sagrada Escritura que ella misma, mientras que la tradición —considerada como imprescindible por la teoría católico-romana— está plagada de contradicciones. No es cierto que en el protestantismo cada cual interprete la Sagrada Escritura a su manera..., que cada cual apele con su interpretación a haber sido inspirado o iluminado por el Espíritu Santo... Si de la Reforma han surgido diversos

tipos de iglesia, esta pluralidad no atañe a lo esencial... Jesucristo es la Palabra y Jesucristo es el Sacramento...; sólo El es la cabeza de la Iglesia, mientras que todos los miembros de la Iglesia son miembros del cuerpo, cuya cabeza única es Cristo."

En cuanto a las dificultades, bueno es citar del libro católico "Qué es la Biblia", que se vende en España con censura eclesiástica (pág. 52): "¿Cómo comportarse ante ciertos textos bíblicos? El pintor Poussin, teniendo que personificar a la Biblia, la representó como una mujer velada, sosteniendo una esfinge, y Pascal decía que el Antiguo Testamento era un documento cifrado. Expresarse así es exagerar enormemente la dificultad que puede hallarse al leer la Biblia. No obstante, cuando se empieza ese estudio no hay que detenerse en los textos que parecen difíciles y oscuros. No hay que obstinarse en penetrarlos a toda costa, sino que hay que pasar con ánimo tranquilo, aunque guardando su recuerdo, al capítulo siguiente...; entonces, a una mirada pura, la Biblia entregará pronto sus secretos, Lo que se oculta a los sabios y a los inteligentes del siglo. será revelado a los pequeños."

Recordemos también lo que citamos en el capítulo II, de la Biblia de Torres Amat, católico: "El lector que tiene fe saca su instrucción de lo que le place a Dios descubrirle y adora humildemente lo que no puede comprender", y, como quiera que la postura protestante es la misma, inferimos que, por ser la Biblia el Libro de Dios, hemos de entenderla con los medios que Dios ha puesto para ello: la vía del espíritu. "Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado" (1.ª Cor.2.11), ,dice San Pablo, de modo que, si bien el hombre como sér limitado, finito, pecador, con su naturaleza inclinada a la tierra, no puede comprender las cosas de Dios, El mismo le abre el camino al hombre. No pretenda el hombre modificar, censurar o corregir la Palabra de Dios, sino aceptarla para acercarse al Creador, y entonces, como decía Jesucristo: "El que quisiere hacer su voluntad (la de Dios) conocerá la doctrina si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo." (Juan, 7.17.)

Todos nosotros consultamos la hora con frecuencia, y, sin embargo, desconocemos el mecanismo del reloj. Nos confiamos a él para todos nuestros asuntos diarios, aunque ignoramos cuál sea su intrincada composición. No comprendemos el fenómeno de la electricidad, y no por ello dejamos de alumbrarnos, de calentarnos, etc., con su energía. Nuestra mente, tan llena de ilusiones, esperanzas, sueños, meditaciones, producciones, en un misterio inconfundible, y nos sometemos obedientemente, ciegamente, a su dictamen. ¿Debemos sorprendernos si encontramos algo que no entendemos en la Biblia? Lo contrario sería lo sorprendente. ¿De dónde viene el dolor, el pecado, la muerte? ¿Cómo se origina la vida, cómo se efectúa el crecimiento, qué es la luz, etc.? ¿Entendemos los misterios de las ondas etéreas, la televisión, los principios de modernísimos descubrimientos cuales el rádar o la desintegración del del átomo? El hombre apenas si entiende la centésima parte de las cosas que ve y lo que ve está todavía lleno de misterios o enigmas: la luna, el sol, el día, la noche, el frío, el calor, la sequía, las lluvias, etc. y lo interesante es que no hay ni uno solo de los hombres de ciencia

que no crea que el Universo está perfectamente organizado; no admite una contradicción, aunque haya algo que no entienda, y continúa estudiando hasta arrancar nuevos misterios a esa mina inagotable de la naturaleza. Lo mismo ocurre con la revelación escrita de Dios. Millones de creyentes creen absolutamente en toda la Biblia y las dificultades no les preocupan; otros siguen trabajando para vencer lo que parece dificultad y aumentan su caudal de conocimientos, comprobando la perfecta unidad y armonía del libro. Como dijo el profesor Cheyne: "El valor religioso de la Biblia es para todos; el valor histórico para los iniciados solamente."

No podemos comprender la Biblia en un día, ni en un año, pues requiere su dominio un grande y continuo estudio, más profundo que el de ningún otro libro del mundo. Hay muchos hombres que, enamorados de la Biblia, dedicaron muchos años a aprender el griego y el hebreo para poder conocer el precioso significado etimológico de la filología Sagrada, y ellos no han dejado muchos libros que explican y detallan mucho de lo que parece difícil; hoy día los cristianos pueden disponer de comentarios y concor-

dancias para aumentar su caudal de conocimientos bíblicos.

Siga, siga leyendo la Biblia, y no le preocupe si allí se lee de un burro que habló, de una ballena que se tragó a un hombre y lo arrojó a la playa a los tres días, de los demonios que entraron en una manada de cerdos, de la luna que se torna en sangre, de un hombre que vivió novecientos sesenta y nueve años, de una raza de gigantes semi-divinos, de muertos que resucitan, pues todo ello tiene una explicación que usted mismo descubrirá. Tenga en cuenta que los libros ordinarios explican siempre su contenido. por ejemplo: "Historia de dos ciudades", *novela* de Carlos Dickens; "La reina Isabel", *biografía* de Mandell Creighton; "Metamórfosis", *estudio de la transformación de las masas rocosas,* por Alfredo Harker, etc., y cuando abre usted la Biblia encuentra que contiene el *Antiguo y Nuevo Testamento,* es decir, que el propósito de este libro no es presentar una novela, ni una biografía, ni un estudio científico, sino los acuerdos, o pactos, o testamentos, que Dios ha hecho con los hombres, con todos sin excepción, sobre los que espera un cumplimiento por parte de éstos.

La cuestión suprema planteada en la Biblia, relación entre Dios y el hombre, se nos revela lenta y sabiamente, y paso a paso nos elevamos hasta las más altas concepciones espirituales. Cuando llegamos a la altura a que nos llevan esos pensamientos, divisamos el inmenso camino recorrido por la Humanidad en el curso de su educación progresiva. La Biblia nos la muestra pasando de un grado a otro, como en una escuela, a través de ceremonias y doctrinas, nociones parciales e imperfectas, hasta llegar a realidades espirituales y a la personificación de todas las cosas en Cristo. El elemento profético, llamado "el ojo de la Escritura", es el que, más que ningún otro elemento, nos presenta la figura de Cristo como eje de la revelación de Dios en Su Palabra. Por ello El, siendo Dios mismo, puede abrir el entendimiento de las Escrituras a todos los que se encuentran en dificultad. Por el camino de Emmaus, aquellos dos discípulos, después de la resurrección, no acababan de comprender, pero el caminante divino hubo de reprocharles: "¡Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?", y más tarde

El mismo "les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras" (Lucas, 24). Lidya, la sencilla mujer "que vendía púrpura en la ciudad de Tiatira", era cabalmente tan ignorante como las otras personas, pero el Señor le "abrió su corazón" para atender a las cosas de San Pablo (Hechos, 16,14). Digamos todos, como ardientemente decía David: "Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley."

La Biblia nos ha sido dada en dos partes, como sabemos, ambas esenciales e inseparables; el Antiguo Testamento es al Nuevo Testamento lo que los cimientos son al edificio. El Antiguo es casi en su totalidad un relato histórico de la preparación de Dios para la redención del mundo, visto de dos maneras: la preparación de un Mesías para el pueblo, y la preparación de un pueblo para el Mesías. Sin embargo, la manera más eficaz de seguir el desarrollo de esta preparación es seguir una lectura o estudio cronológico.

Una lectura o estudio cronológico eficaz es el ofrecido por el conocido Griffith Thomas de esta manera:

ANTIGUO TESTAMENTO

1. *Introducción.* Desde la creación a la llamada de Abraham, GENESIS, capítulos 1 al 11.

2. *Edad de los patriarcas.*
   a) Historia. GENESIS, 12 a 50.
   b) Ilustración. JOB.
3. *Formación de la Nación de Israel.*
   a) Historia. EXODO y NUMEROS.
   b) Ilustración. LEVITICO y DEUTERONOMIO.
4. *Conquista de Canaan.*
   a) Historia. JOSUE, JUECES 1 a 16; 1.ª SAMUEL 1 a 7.
   b) Ilustración. RUTH; JUECES 17 a 21.
5. *El reino Unido.*
   a) Historia. 1.ª SAMUEL, 8 a 31; 2.ª SAMUEL, 1.ª REYES, 1 a 11; 1.ª CRONICAS.
   b) Ilustración. SALMOS, 1 a 110; PROVERBIOS, ECCLESIASTES; CANTAR DE LOS CANTARES.
6. *El reino dividido.*
   a) Historia. 1.ª REYES, 12 a 22; 2.ª REYES; 2.ª CRONICAS.
   b) Ilustración. Los profetas y la mayoría de los Salmos, de esta manera:
      1) Mayormente respecto de Israel, JONAS, AMOS, OSEAS.

2) Mayormente respecto de Judá (anterior), JOEL, MIQUEAS, ISAIAS, NAHUM.
3) Mayormente respecto de Judá (posterior), SOFONIAS, HABACUC, parte de JEREMIAS.

7. *La cautividad.*
   a) Historia. Partes de JEREMIAS Y EZEQUIEL; DANIEL, 1 a 6.
   b) Ilustración. Partes de JEREMIAS y EZEQUIEL, ABDIAS, DANIEL, 7 a 12.

8. *La restauración.*
   a) Historia. ESDRAS, NEHEMIAS, ESTHER.
   b) Ilustración. HAGGEO, ZACARIAS, MALAQUIAS y algunos Salmos posteriores.

NUEVO TESTAMENTO

1. *Vida de Nuestro Señor.* LOS CUATRO EVANGELIOS. Deben estudiarse separadamente y luego en conjunto para la buena armonía. Dan cuatro aspectos característicos de Cristo.

2. *La Iglesia primitiva.*
   a) Historia. Hechos, 1 al 12.
   b) Ilustración. Epístola de SANTIAGO. Aquí vemos el tipo de cristianismo de la Iglesia.

3. *Primer viaje de San Pablo.*
   a) Historia. HECHOS, 13 y 14.
   b) Ilustración. GALATAS.

4. *Segundo viaje de San Pablo.*
   a) Historia. Hechos, 15 a 18.21.
   b) Ilustración. 1.ª y 2.ª TESALONICENSES.

5. *Tercer viaje de San Pablo.*
   a) Historia. HECHOS, 18.22 a 21.17.
   b) Ilustración. 1.ª y 2.ª CORINTIOS, GALATAS, ROMANOS. Incluimos Gálatas otra vez porque ilustra los pensamientos que se desarrollan más ampliamente en Romanos.

6. *Cautividad de San Pablo.*
   a) Historia. HECHOS, 21.18 a 28.31.
   b) Ilustración. COLOSENSES, EFESIOS, FILEMON, FILIPENSES.

7. *Probable libertad y segundo encarcelamiento de San Pablo.*
   - *a)* Historia. } HEBREOS, 1.ª TIMOTEO,
   - *b)* Ilustración. } TITO, 2.ª TIMOTEO.

8. *Ultimos años del primer siglo.*
   - *a)* Del 70 al 85 A. D. APOCALIPSIS, 1.ª y 2.ª de PEDRO, JUDAS.
   - *b)* Del 85 al 100 A. D. 2.ª, 3.ª y 1.ª de JUAN.

Este bosquejo es aproximadamente correcto y perfectamente bueno para el más completo conocimiento del plan divino.

Pero, sea que se siga esta lectura o que se adopte el sistema de leer capítulo tras capítulo, libro tras libro, o el de escoger partes del Antiguo Testamento, alternados con partes del Nuevo, ya sea por secciones amplias o por libros cortos, que se leen de un tirón, siempre debemos tener presentes ciertas reglas utilísimas para el mejor provecho de la lectura del Libro Santo. Y, no ignorando que pueden ofrecerse otras reglas, más o menos extensas, creemos que las que exponemos a continuación son esenciales, esto es: *buscar, meditar, comparar, orar* y *adorar*.

Sigamos el orden y empecemos por BUSCAR (o leer aprendiendo). Sepamos que las maravillas no están en la superficie y que hemos de sacarlas con atención. La sabiduría requiere estudio, con interés, fidelidad y constancia. Y el valor de un conocimiento adecuado de la Biblia es evidente, pues hay provecho intelectual en su información e instrucción, provecho moral por su dirección y advertencias, y provecho espiritual por sus verdades doctrinales y experimentales.

Muchos se han equivocado leyendo la Biblia porque lo hicieron a la luz de su propio temperamento o de sus intereses, o prejuicios naturales. Unos lo hicieron con mente filosófica, tratando de encontrar en ella toda la solución al complejo de nuestra existencia, otros de temperamento práctico observan sólo las enseñanzas éticas; los de naturaleza mística se absorben sencillamente en los pasajes referentes a la comunión con nuestro Señor y a la oración, y la mente sistemática, que ama la claridad, se afana en subrayar todas las afirmaciones teológicas. Pero la Biblia, si bien contiene todas estas cosas, no se ofrece para que sea dividida en partes, sino que se ofrece como un todo, en perfecta unidad. No hemos de hacer como el niño que va arrancando los distin-

tos miembros de un insecto para ver cómo está compuesto, y cuando las alas y patas están separadas del cuerpo, llora porque no puede volar. Al separarlo en partes ha destruído lo que le daba vida.

Si leemos lo Biblia para encontrar faltas, o para confirmar nuestras propias nociones formadas de antemano, no sacaremos fruto, mas si reconocemos nuestra ignorancia y queremos aprender como un niño, no leeremos en vano. Al hacer nuestra lectura, recordemos que nuestro padre celestial nos habla por Su Palabra, y escuchémosle con espíritu filial y obediente; y a medida que vayamos avanzando, subiendo como por una escalera, peldaño tras peldaño, encontraremos que "como el padre se compadece de los hijos, se compadece Dios de los que le temen porque El conoce nuestra condición" según dice el Salmista (103), y no nos faltará la luz, pues "hablóles Jesús otra vez diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tineblas, mas tendrá la lumbre de la vida" (Juan, 8.12). No dudemos de que nuestras incomprensiones irán borrándose y de que aumentará nuestro conocimiento, quizás con aquel aumento del proverbio: "la senda de los justos es como la luz de la

aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (4.18).

En el primer siglo de la Era Cristiana llegó San Pablo a Europa con la Buena Noticia de que Jesús era el Mesías esperado, el Hijo de Dios, Salvador del mundo, y en algunos lugares, como en Tesalónica, se armaron alborotos en el pueblo y hubo algunas denuncias a los gobernadores, pero al entrar en una ciudad llamada Berea los judíos de la sinagoga y los conocedores de la Biblia de entonces (el Antiguo Testamento) fueron "nobles" y "recibieron la palabra con toda solicitud *escudriñando* cada día las Escrituras si estas cosas eran así" (Hechos, 17.11). Aquellos hombres se encontraron con una nueva enseñanza, pero *estudiaron* la Biblia a ver si lo que se les decía era verdad, y no hay duda de que aceptaron la enseñanza, lo mismo que hicieron más tarde los de Tesalónica, pues San Pablo dice de ellos: "damos gracias a Dios sin cesar de que habiendo recibido la Palabra de Dios que oisteis de nosotros, recibisteis no palabra de hombre, sino según es en verdad la Palabra de Dios que obra en vosotros los que creisteis" (1.ª Tes., 2.13).

Al leer la Biblia aprenderemos la variedad de su contenido: historia, teología, filosofía, poesía,

consejo, predicción, etc.; la variedad de autores, profetas, sacerdotes, reyes, apóstoles, evangelistas, etc., y la variedad de circunstancias, diferencias de tiempo (desde Moisés hasta San Juan), de lugar, de país, de propósito, de destino. Hay sesenta y seis libros, y, por lo menos, treinta y seis autores, que cubren dieciséis siglos.

Aprenderemos que hay relaciones mutuas entre los dos Testamentos, y, para conseguir los mejores resultados, hemos de estudiarlos juntos, de la misma manera que en el trabajo unimos los miembros derecho e izquierdo, los ojos y los oídos. Toda la Biblia tiene una idea central y un propósito dominante, de la misma manera que tiene cada Testamento y cada parte subordinada. Hablando en líneas generales, el Antiguo Testamento es profético y enseña la verdad de una manera simbólica; el Nuevo es histórico y definitivamente doctrinal; la ley del Antiguo encuentra su contrapartida en la Gracia del Nuevo; las sombras y figuras del Antiguo encuentran su realidad y sustancia en el Nuevo. Así afirma el gran apóstol: "las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas, para que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras tengamos esperanza" (Rom., 15.4), y otra

vez: "Y estas cosas les acontecieron en figura, y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado" (1.ª Cor, 10.11).

Dos eruditos, Wescott y Hort, en su edición del Nuevo Testamento griego han hallado más de mil quinientas citas del Antiguo Testamento en el Nuevo, y lo notable del caso en que frecuentemente estas citas son el centro del argumento que se desarrolla, vinculando de tal manera el Nuevo al Antiguo Testamento, que se hace imposible la disección de la Biblia que poseemos en la actualidad.

Vengamos, pues, a la Biblia, no sólo a descubrir, sino a recibir, y estudiémosla con el corazón abierto. Veamos allá el encuentro del hombre con su Creador, y veamos que, todavía hoy, la pregunta de Dios a Adam: "¿Dónde estás tú?" se dirige a nuestro propio sér. La Biblia nos pregunta llegando hasta lo íntimo del corazón, y, al leerla, debemos aprender qué es lo que Dios quiere de nosotros, a través de los siglos.

También cuando leamos hemos de MEDITAR para obtener aquella mente espiritual, que es completamente opuesta a la mente carnal, y con ella buscar el secreto de la vida y de la paz.

La palabra *meditar* viene de una voz griega que significa "escuchar", y ésta es esencialmente la idea de la meditación bíblica: es leer con atención, aplicándonos a nosotros mismos las enseñanzas, aquello que aprendemos, como dice el original del Salmo 104.34: "MI meditación de EL", es decir, la meditación personal y no la que hace otra persona. Es preciso detenerse un poco para pensar en las palabras de Dios; no vayamos de prisa. Recordemos aquel caso del profeta y del rey, donde Samuel dice a Saul: "Di al mozo que vaya delante, mas *espera tú* un poco para que te declare la palabra de Dios" (1.º Samuel, 9.27). Hay que escuchar la palabra de Dios, asimilándola, ya sea en la primera hora de la mañana, ya en medio del día, ya al acabar la jornada; pero hagámoslo *pensando* y recibiendo. Si conviene, usemos el lápiz y el papel para retener las enseñanzas de Dios y registrar los pensamientos que vengan a nuestra mente, al objeto de desarrollar nuestro conocimiento bíblico, pero hagámoslo con sencillez y con deseo noble de ver "si las cosas son así".

El Señor Jesucristo tuvo que reprender públicamente a quienes se jactaban de conocer la doctrina de Dios, por estar equivocados, sencillamente porque no habían leído la Biblia con meditación, sino superficialmente. Vienen a El los saduceos y le presentan un problema sobre la resurrección; ellos no creían en la resurrección y se basaban en el mandato de Moisés "que si el hermano de alguno muriese, y dejase mujer, y no dejase hijos, que su hermano tome su mujer y levante linaje a su hermano"; por esto introducen la *suposición* de una mujer que tuvo por maridos a siete hermanos, para acabar preguntando al Maestro: "En la resurrección, pues, cuando resucitaren, ¿de cuál de ellos será mujer?, porque los siete la tuvieron por mujer" (Marcos, 12). Pero el Maestro divino ha de señalar el desconocimiento del sentido de la Biblia, que se hacía patente en aquellos hombres, al decir, en otras palabras: "No comprendemos cómo los cuerpos han de resucitar, y por lo tanto no creemos que exista la posibilidad de que se levanten." ERRAIS no sabiendo las Escrituras, "ni la potencia de Dios", les contesta Cristo, y luego, aludiendo a la misma Palabra eterna, les demuestra que Dios es Dios de vivos y no de muertos, y que en la resurrección "ni se casarán, ni serán dados en casamiento, mas son como los ángeles que están en los cielos."

Hemos de buscar el sentido espiritual de las Palabras de Dios, no pensando con mente carnal o materialista, que nos facilitará concepciones siempre equivocadas; acerquémonos a la Biblia con mente serena, y con tranquila meditación llegaremos, como dice San Pablo, a "acomodar lo espiritual a lo espiritual", siendo distintos del "hombre animal que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios porque le son locura, y no las puede entender porque se han de examinar espiritualmente" (1.ª Cor., 2).

Consideremos un ejemplo. El Evangelio de San Juan tiene veintiún capítulos, y el escritor sagrado comienza diciendo que Jesucristo es la VIDA: "En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres." Si cuando hacemos nuestra lectura meditamos en estas gloriosas palabras, encontramos que los once primeros capítulos van desarrollando progresivamente el significado de estas palabras. Primero vemos la condición humana para conseguir vida: "a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios (cosa que no eran antes de no recibir a Cristo), los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, MAS DE DIOS." Luego vemos la condición divina para otorgar la vida: "De cierto, de cierto te digo que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios... Os es necesario nacer otra vez" (afirmaciones rotundas de Cristo al Maestro de Israel, Nicodemo). A continuación encontramos que la vida es dada con sólo pedirla: "Si conocieses el don de Dios... tú pedirías de El y El te daría agua viva... Señor, dame esta agua..." (Conversación de Cristo con la mujer de Samaria). El poder de Cristo para dar vida viene ilustrado por las sanidades físicas que presenta el Evangelio. Cristo es el Pan de Vida, y, después del milagro de la multiplicación de los panes, hallamos sus palabras: "Trabajad, no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará... Señor, danos siempre este pan. Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre..."

En los capítulos siete y ocho encontramos al creyente recibiendo y transmitiendo vida; en el nueve, la luz de la vida (nueva visión de Dios implícita en la vida); en el diez, la vida más abundante encontrada en el Buen Pastor; en el once, la vida incluída en el cuerpo de resurrección, y hasta el último capítulo seguimos viendo

un continuo desarrollo de la Vida eterna como don de Dios en Cristo, recibida por fe, hecha realidad en la regeneración, alimentada espiritualmente y culminando en el triunfo de la resurrección sobre la muerte.

Vengamos ahora al COMPARAR (ya que la Biblia habla por sí misma), y veremos que la comparación de cosas espirituales con cosas espirituales completa el sentido de las Escrituras. Muchos errores religiosos parecen encontrar apoyo en algún versículo de la Biblia, pero ningún error de doctrina o práctica puede resistir la prueba de toda la Escritura.

Indudablemente, el mejor comentario es la Biblia misma, y por eso la mayoría de las ediciones llamadas protestantes van provistas de una columna central de referencias en cada página, a veces en los márgenes. El objeto de tales referencias es ayudar al lector a "escudriñar" por sí mismo las Escrituras. Recordamos el énfasis que pone Jesús con los judíos de su tiempo en "escudriñar" las Escrituras, y es justo que nosotros imitemos al pueblo de Dios en su reverencia y aprecio de la Palabra Santa. Lo que criticó Jesús a aquel pueblo es que no sacasen el sentido es-

piritual para ver que El mismo era Dios, que era el Mesías esperado.

La columna de "referencias" no da todas las dificultades resueltas ni evita el esfuerzo personal; es como el guía que acompaña al viajero a escalar una montaña. El viajero debe poner empeño en la empresa. La relación de los pasajes puede ser de diversa índole, por ejemplo, la de pasaje "paralelo", es decir, otro lugar de la Escritura que refiere el mismo ocurrido o contiene el mismo grupo de enseñanzas; la de "alusiones" de la misma Escritura a incidentes o enseñanzas anteriormente narradas o expuestas; la de "analogías", o semejanzas verbales de gran interés para comprender los "hebraismos" y "helenismos" de la Escritura en su versión castellana; la de "profecías" cumplidas, enseñanzas confirmadas, etc.

Lo que pueda parecer oscuro en un lugar, queda llano y fácil en otro;de aquí que lo que en ciertos lugares pueda parecer repetición, no es sino una ventaja para el diligente lector. Al comparar un texto con otro, no hay duda de que la luz viene al lector, si pide humildemente que le ilumine aquel que posee toda la sabiduría. Aquel de quien dice el apóstol Pablo: "Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de

Dios!... ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fué su consejero?" (Rom., 11). Ningún hombre puede sustituir como maestro al supremo Maestro que enseña por su Espíritu a todo discípulo que acude a El con humildad.

Dice Ch. Porret: "La revelación de Dios es de una riqueza inagotable. Cada uno de los autores sagrados la ha contemplado desde un ángulo particular y la ha presentado de manera que responda a las necesidades determinadas del momento o del medio en que escribía. Para poseer la verdad entera, es preciso que comparemos a los escritores bíblicos unos con otros, y llega el momento cuando nosotros queremos, en nuestro estudio de la Palabra de Dios, agrupar en un tema determinado las enseñanzas diseminadas en la Escritura. Henos aquí, pues, hojeando nuestra Biblia para encontrar los paralelos. A veces recogemos los diferentes pasajes donde aparece la misma palabra para considerarla en sus acepciones diversas, a veces nos apegamos a los pensamientos análogos, independientemente de las palabras que los expresan... llegamos a declaraciones que parecen contrarias, o que nos invitan a reflexionar... Jesús dijo: "El que no es conmigo, contra mí es", y también: "el que no es

contra nosotros, por nosotros es" (Mat, 12 y Mar., 11) ,que resulta la misma cosa."

Igualmente ocurre con la tesis de la justificación por la fe, o por las obras, que presentan San Pablo y Santiago. El primero enseña lo ineludible de la fe, que vale más que las obras; el segundo, la necesidad de las obras después de tener fe, porque sin las obras no se entiende la fe. y ambas cosas se complementan.

Lo notable de la Biblia es que si una persona humildemente desea armonizar las aparentes discrepancias, pronto lo consigue a plena satisfacción estudiando el conjunto de la enseñanza divina. A veces cuesta trabajo a los estudiantes de la Biblia el llegar a encontrar "soluciones", y tienen que actuar casi como los "detectives" que hallan diferentes piezas contradictorias aparentemente, y luego elaboran teorías hasta llegar a dar con la clave, lo cual no quiere decir que no se adelanten teorías a veces que no son las definitivas, pero que conducen a la verdad con el estudio y la meditación.

En Marcos 5, 21-42, y Lucas 8, 4-56, por ejemplo, encontramos al príncipe de la sinagoga que viene a Jesús para que le cure a su hija. Mientras Jesús se encuentra en el camino hacia la

casa, llega un recado con la noticia de que la muchacha había muerto. Mateo, sin embargo, en el relato de 9, 18-26 comprime la historia y dice que el príncipe le pide que vaya porque su hija está muerta y quiere que le restaure la vida. Esta compresión es justificable, y no es una contradicción, porque hemos de suponer que, incluso después de recibir la noticia de que su hija había muerto, aquel príncipe insistía en que Jesús fuera, sabiendo que era capaz de resucitarla.

Otro ejemplo interesante se encuentra comparando el final del Evangelio de San Lucas con el principio del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Por el Evangelio podríamos deducir que la Ascensión tuvo lugar el mismo día de la resurrección, pero en los Hechos encontramos que fué cuarenta días después. Ahora lo interesante es que Lucas fué el autor tanto del Evangelio como del Libro de los Hechos, y si los dos libros hubiesen sido escritos por personas diferentes, tal vez se nos diría que teníamos dos relatos contradictorios. De la misma manera podemos hallar en la vida diaria, en nuestros escritos, en lo que leemos, en periódicos y en libros, cosas que parecen contradictorias y no lo son.

La oración es aquella ventana que se abre para que entre la luz del espíritu en nuestro ser y comprendamos el *mensaje* que Dios nos envía. Por esta razón, hemos de leer y estudiar la Biblia ORANDO. El Santo Espíritu que inspiró la escritura de la Biblia es, sin duda, quien puede exponernos mejor lo que la Biblia trae a nuestra alma; y por la oración se ilumina nuestro ojo intelectual. Ahora bien, ¿cuál es el mensaje a que nos referimos? *Que el hombre puede ser salvo de la condenación, por Cristo,* y no otro. La Biblia, que empieza con la creación del mundo material y la creación del hombre, presenta la caída de éste, y a continuación la promesa de Dios de restaurarle. Dios escoge luego a otro hombre, Abraham, del que procede la nación de Israel, instrumento que habría de transmitir al mundo la verdad de Dios y la Palabra de Dios; pero los hombres, como hombres, fracasan, y así fracasa la nación. Mas el Espíritu Santo sigue dando sus mensajes por medio de los profetas, y, por fin, una virgen de Israel, también por obra y gracia del Espíritu Santo, da a luz un hijo, el esperado, el Mesías, Cristo el Señor, Hijo de Dios e Hijo del Hombre. A El se le pone el nombre de Jesús,

que significa Salvador, "porque El salvará a su pueblo de su pecado".

Y girando sobre este punto encontramos que la Biblia toda enfoca su luz sobre El. En el Antiguo Testamento el israelita ofrecía un cordero en sacrificio, manifestando aquella ley divina según la cual el hombre merecía la muerte por su pecado, mas, llegado el tiempo, Cristo, "el cordero de Dios", se ofrece en sacrificio en la cruz para redimir al hombre. El Nuevo Testamento, tanto en su historia como en su doctrina, hace énfasis incansable sobre la Muerte y la Resurrección de Cristo, aquel que "no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos". He aquí el plan de redención desarrollado por Dios a través de los siglos, he aquí el mensaje de la Biblia para el alma humana. El Dios-hombre afirma: "yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar" (Juan, 10.17).

Cuando leemos la Biblia con oración, abramos los ojos a la realidad de sus rotundas afirmaciones: "No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno" (Rom, 3.12)... "manifiesta es la ira de

Dios del cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen la verdad con injusticia" (1.18).... "Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos" (1.ª, Tim., 2.4)... "Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores" (1.15).

La Biblia es, en efecto, el mensaje de Dios para el corazón del hombre, contrito y arrepentido, que busca la paz y la felicidad. Dios le ofrece el remedio infalible, que reside en la virtud expiatoria de la sangre derramada sobre el madero por Jesucristo. Nadie sino El puede decir: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar... y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat., 11.28.)

Y, por lo dicho anteriormente, hemos de ver a Cristo en todas las Escrituras. De aquí que, al estudiar y leer la Palabra Santa, debemos ADORAR a la Persona excelsa del Crucificado que murió por los hombres. Así vemos que a lo largo de todos los libros de la Biblia puede seguirse una línea roja de redención que conduce a la cruz de Cristo, y a este descubrimiento nos invita el mismo Señor con sus palabras: "escudriñad las Escrituras, pues ellas dan testimonio de mí" (Juan, 5.39), y con sus afirmaciones de que era

preciso que se cumplieran en El todas las cosas que fueron escritas en la ley de Moisés, en los libros de los profetas y en los salmos (Luc, 24, 44); a El nos dirige San Pedro diciendo que todos los profetas dan testimonio de que todo el que en Cristo creyere tendrá remisión de pecados (Hech., 10.43). Leamos la Biblia adorando a Cristo para entrar en el conocimiento de sus diversos oficios y caracteres, en las glorias de su persona y de su obra.

Tengamos en cuenta que es el pueblo de Israel, aquel en el cual, o gracias al cual, han tenido origen las tres únicas religiones monoteistas del mundo, judaismo, cristianismo e islamismo, quien nos lleva a Cristo, pues el mismo San Pablo, judío, fariseo e instruído en toda la ciencia bíblica, explica que la ley actúa como un "pedagogo" encargado de conducir a Israel a Cristo, de preparar a ese pueblo para recibir al supremo revelador (Gal., 3.24). La Biblia es, entre los libros considerados sagrados en las diversas religiones, el único que presenta como centro de sus enseñanzas el concepto original de un Mesías, término que significa "ungido", y que representa la unción o bautismo del Espíritu Santo. Y de la venida de este Mesías hablaban los escritos de

aquellos videntes o anunciadores israelitas. En el Antiguo Testamento observamos un desarrollo progresivo en la revelación de Dios, al cual nadie ha podido ver jamás; pero en el Nuevo Testamento encontramos al Hijo del Padre, como revelación personal de Dios mismo, afirmando: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan, 14.9) Es por eso que la Biblia, único libro que dice al hombre: "Estás perdido", es también el que le dice: "He ahí a Cristo, tu Salvador".

Es Cristo, pues, la clave de toda la Biblia y El es quien da a la Biblia su unidad espiritual e histórica. Alguien ha sugerido el siguiente desarrollo de la Biblia respecto del Cristo, que vale la pena meditar:

1. Génesis a Deuteronomio.—REVELACION.
2. Josué a Esther.—PREPARACION.
3. Job a Cantar de los Cantares.—ASPIRACION.
4. Isaías a Malaquías.—EXPECTACION.
5. Mateo a Juan.—MANIFESTACION.
6. Hechos a Epístolas.—REALIZACION.
7. Apocalipsis.—CULMINACION.

Desde luego, este desarrollo ha de entenderse muy generalmente, pero es suficientemente exacto para revelar la unidad esencial, ya que una

palabra sola resume todo el Libro de Dios: Cristo.

Veamos someramente cómo se realiza esto. Si un extraño abre la Biblia por el Antiguo Testamento y comienza a leer desde el principio, Génesis, versículo por versículo, llegará al capítulo tres, donde encuentra la promesa de alguien que ha de venir. Sigue leyendo y encuentra una repetición de la promesa con más detalles en los capítulos 12, 17, 22 y 49. Continúa la lectura, y observa nuevas alusiones a la promesa, casi en todos los libros, hasta que, desde Isaías en adelante, ve más clara y plena la profecía. Pero llega a Malaquías, cuatro, fin del Antiguo Testamento, y nota que la profecía no se ha hecho realidad. El lector se da cuenta de que el Antiguo Testamento es un "libro de profecías incumplidas".

Vuelve luego al principio y lee de nuevo, observando algo extraño en el capítulo cuatro del Génesis, un sacrificio, una ofrenda, y se pregunta cuál puede ser el significado de ofrecer la vida de un animal. Luego observa la misma cosa en los capítulos 9, 12 y 22; más claramente aún, en Exodo hasta Levítico, donde hay una entera organización de sacrificios, ritos y ceremonias, a

las que se refieren los otros libros una y otra vez, y llega de nuevo a Malaquías, cuatro, sin ver la aclaración de todo ello. Se da cuenta de que el Antiguo Testamento es un "libro de ceremonias inexplicadas".

Por tercera vez el lector vuelve al Génesis, y no tarda mucho en darse cuenta de otra cosa importante: el deseo de Dios que no deja satisfecho al hombre. Así lo ve en los capítulos 4, 5, 15, 28 y 49, y también en todos los otros libros, especialmente en Job, en los Salmos y en los Profetas. De vez en cuando el corazón del hombre clama por el Dios vivo y por sus bendiciones prometidas; pero, aunque hay gran satisfacción, no encuentra la perfecta satisfacción; el corazón y el alma desean hasta llegar a Malaquías, y allí se reconoce que el Antiguo Testamento es un "libro de deseos insatisfechos".

De esta manera debe leerse el Antiguo Testamento, reconociendo que es un libro incompleto, y así entenderemos que es la base o cimiento del Nuevo Testamento, la preparación de todo lo que encontramos en esta segunda parte. Y tan pronto como leemos esta segunda parte, el Nuevo Testamento, encontramos la afirmación de "para que se cumpliesen las Escrituras", de modo que

el lector encuentra rápidamente en el Nuevo Testamento que:

1) Jesús, como PROFETA, cumple (en su vida) las profecías.
2) Jesús, como SACERDOTE, explica (en su muerte) las ceremonias.
3) Jesús, como REY, satisface (en su resurrección) los deseos.

Se cuenta de un convertido, a quien se le había regalado un Nuevo Testamento, que, después de leerlo, vino al misionero con estas palabras: "¿Podría usted prestarme la primera parte?" Había comprendido plenamente que había muchas alusiones en aquel volumen a un primero, esto es, al Antiguo Testamento. Por eso dijo bien San Agustín: "El Nuevo Testamento se oculta en el Antiguo y el Antiguo se revela en el Nuevo."

Damos fin al capítulo, regresando al versículo con que lo iniciamos. Para entender lo que leemos, como preguntara Felipe al eunuco, hemos de ver a Cristo en todas las Escrituras, como aquel evangelista lo hiciera resaltar, y, conociendo la perfecta unidad del Libro de Dios, retengamos a Cristo en nuestro corazón como el Profeta, el Sacerdote y el Rey que ha venido para salvarnos.

Epílogo

Vimos en el capítulo primero que el Libro de Dios es el libro por excelencia, la fuente de toda justicia y de toda paz, y que los países que lo poseen lo meditan y lo enseñan, tienen un nivel cultural y social superior a los que no lo poseen ni lo enseñan.

También vimos que quienes aman la Patria deben esforzarse por hacer que el Libro Santo, la Biblia, llegue a todos los hogares y produzca los mismos beneficios de superación en el individuo, y forje una sociedad más perfecta y de mayor confianza que en otros lugares.

No hay dos biblias, católica y protestante, como vimos en el capítulo segundo, sino un solo texto, genuino, sin notas ni aclaraciones, sin apócrifos ni adulteraciones, el que distribuyen por todo el mundo las Sociedades Bíblicas Unidas.

De la bondad, excelencia y altas miras bienhechoras de las Sociedades Biblias hablamos en el capítulo tercero, y de cómo estudiar y leer la

Biblia en el cuarto, pero acabadas nuestras consideraciones, nos asalta un pensamiento. Sabemos que hay millones de compatriotas nuestros que ignoran todo esto y que nunca han hojeado una Biblia. Frente a esta realidad conmovedora, ¿podemos nosotros hacer algo por ellos y por nuestro país?

El símbolo de la Sociedad Bíblica lo constituye un sembrador; ¿por qué no realizar una función de siembra en beneficio de la patria? Debemos enseñar a todos lo que aquí hemos leído e invitarles a adquirir una Biblia. Los que ya han gozado de la bondad, influencia y bendiciones de este Libro se sentirán movidos, sin duda, incluso a regalar la Palabra, aunque sólo se trate del Nuevo Testamento, y por ello es siempre aconsejable llevar uno de bolsillo para cualquier oportunidad que surja, ya sea de regalo o de invitación a la adquisición de este preciado tesoro.

La ley divina es "el que da, recibe", así que, además de abrir posibilidades insospechadas a nuestros conciudadanos, en beneficio común, tenemos bendición de nuestro Padre celestial. No fué otro el sistema que empleara el Maestro: los primeros discípulos trajeron a otros y todos se

fueron convirtiendo en instrumentos que Dios empleaba para bendecir al mundo. Hoy podemos hacer lo mismo, sabiendo que contribuimos a implantar la paz de Dios mediante su Palabra, desconfiando de las promesas humanas sobre la tierra.

En la conocida parábola del Sembrador, Cristo dice que la semilla que cae sobre la tierra es la Palabra (Mat. 13.4 y 19) y San Pedro, en su primera epístola, afirma que nadie puede renacer con otra semilla, o simiente, que "la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre" (1.23).

Si sentimos la responsabilidad de hacer algo por nuestros compatriotas, ¿esperaremos alguna ocasión determinada para sembrar? La Biblia nos dice categóricamente que debemos sembrar siempre porque no sabemos cuándo la semilla va a producir fruto: "por la mañana siembra tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque tú no sabes cuál es lo mejor, si esto o lo otro, o si ambas cosas son buenas" (Ecles. 11.6).

Todo el bien que hagais será recompensado y no hay mayor bien para el alma española que recibir la Palabra de Dios en la lengua del pueblo. Haced que llegue a todos los hogares y convertireis a España en un jardín.

En preparación:

«ESCRIBIENDO LA BIBLIA»